

0639

EL TEATRO
MODERNO



CAMILA
QUIROGA

HENRI BATAILLE

Ternura

SO
T
S

Gago
XXIX



Digitized by the Internet Archive
in 2014



EL TEATRO

MODERNO

Director : LUIS URIARTE

Henzi Bataille

TERNURA

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES
ACTOS

Traducción de
Federico Oliván y Francisco Marroquín

Se estrenó en el Teatro Lara, de Madrid,
el 26 de abril de 1929



PRENSA MODERNA

MADRID

REPARTO

PERSQNAJES

ACTORES

Marta... ..	<i>Camila Quiroga.</i>
Señorita Morel... ..	<i>Carmen Olivet.</i>
Miss... ..	<i>Consuelo Abbad.</i>
Señorita Tigraine... ..	<i>Caridad Marinas.</i>
Mabella... ..	<i>Carmen Castex.</i>
Institutriz... ..	<i>Natalia Fontán.</i>
Barnac... ..	<i>Gerardo Blanco.</i>
Sergyll... ..	<i>Florencio Ferrario.</i>
Genius... ..	<i>José Olarra.</i>
Legardier... ..	<i>Julio Olivet.</i>
Jalligny Nemours... ..	<i>Juan Porta.</i>
Carlos Jarry... ..	<i>Oscar Soldati.</i>
Monseñor de Cabriac... ..	<i>Antonio Zamora.</i>
Julián D'Ablincourt... ..	<i>J. P. Aguirre.</i>
Guérin... ..	<i>Antonio Martinez.</i>
Aubin... ..	<i>C. Tomé.</i>
Jacques... ..	<i>Niño N. N.</i>
Colette... ..	<i>Niña N. N.</i>

La acción en París.—Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Gabinete de trabajo de Barnac en su casa de la calle Voltaire. Bibelots de precio. La estancia está amueblada y decorada con mucho refinamiento. Presenta al mismo tiempo aspecto ligero y frívolo. Alrededor de la estancia una galería circular en donde está la biblioteca. A esta galería se sube por una escalera que está en el centro y que comunica con una habitación pequeña que permanece oculta por una cortina de terciopelo. Muchos almohadones, sofaes, etc., etc.

ESCENA I

Barnac y Monseñor de Cabriac.

- MONS. ¿Realmente encuentra usted que tengo el temperamento de Missoulet?
- BARN. ¡Psch!... Este señor es un entusiasta de Renán, y ha aprendido a dudar de todo, hasta de su propia voz.
- MONS. Aquí tiene usted, señor Barnac, el libro que escribí cuando yo era obispo de Cahors. Aunque he tenido la debilidad de traérselo, no me hago la ilusión de que lo vaya usted a leer, pero por si acaso...
- BARN. Lo aspiraré, Monseñor. Cuando se llega a una edad avanzada, se aspiran los libros como si fueran rosas. Me basta con hojear unas cuantas páginas. Tengo ya tal costumbre de leer, que llego inmediatamente a darme cuenta de la obra por simple intuición.
- MONS. *(Dándole el libro.)* Me temo que el perfume que emana este pequeño ensayo sea algo imperceptible y poco familiar a su pituitaria.
- BARN. ¿Y por qué eso, Monseñor? He aquí una frase

poco adecuada para un candidato a la Academia.

MONS. No he querido decir... solamente mi modestia...
 BARN. (*Sonriente.*) Es una broma. Al entrar me he fijado con sorpresa que aspiraba usted el olor que hay en esta estancia. Es un perfume de extraño nombre. "Un Soir Viendra". Monseñor, los hombres de cierta edad y autores dramáticos, por añadidura, adoran los perfumes que les recuerdan su juventud. Muchas veces me han reprochado el poseer una habitación demasiado perfumada para un académico. Esto proviene de que le consagran a uno académico a una edad en que las malas costumbres están ya cogidas. Antes, nuestros predecesores tomaban rapé y apestaban a tabaco a una lengua de distancia. Yo, en cambio, la perfumo con "Un Soir Viendra". Además es una preferencia que puede prestarse a distintas interpretaciones. Por ejemplo, puede ser, si se quiere, el instante fatal que el pecador espera a pie firme cuando la ancianidad va a llamar a sus puertas, ni más ni menos que si se trata de un vulgar candidato a la Academia.

MONS. Me habían dicho que tendría, por parte de usted, una acogida cordial y un poco irónica. Veo que no me habían engañado. Sé que en la Academia existe una izquierda.

BARN. ¿Pues qué se había usted creído: que la Academia era manca? Y usted será recibido por sus dos brazos: el derecho y el izquierdo. Y hasta que llegue el momento de arrellanarse en la codiciada poltrona, siéntese usted en esa butaca que, realmente, no tiene nada de académica. (*El Obispo se sienta entre los almohadones.*) Además lleva usted mal camino, mi querido Monseñor. Yo no tengo prejuicios políticos. La religión me ha inspirado siempre un sentimiento muy liberal de simpatía y respeto. Nunca he sido de los que les gustaba alimentarse con cabeza de clérigos. Por supuesto, si

yo hubiera seguido los consejos de mi padre, a esta hora estaría yo escandalizando con mis radicalismos.

MONS. ¿Los consejos paternos?

BARN. Sí. Mi padre, que era carpintero en Marais, profesaba a las gentes de iglesia una antipatía y un odio verdaderamente plebeyos. No le digo a usted más que hasta los cinco años me educó en la estupenda idea de que toda la gente de sotana está llena... ¿cómo le diría yo a usted para hacerle comprender?... estaba rellena de carne hasta los pies. Es decir, que todo lo que ocultaba la sotana era macizo. Pero la prueba de que no creía en semejantes estupideces estriba en que yo hice a los doce años mi primera comunión sin decirle nada a mi padre.

MONS. He ahí un acto espontáneo y meritorio que debe figurar en puesto de honor en su biografía.

BARN. O en el discurso del colega que me suceda en la poltrona. Yo le autorizo a usted, Monseñor, a dar cuenta de la anécdota el día que sea usted elegido. Admitiendo sea usted el elegido; cosa que preveo ha de realizarse, pero al tercer golpe.

MONS. ¡Ah!, pero...

BARN. Sí, y después de una reñida elección. Porque tiene usted un rival terrible que es el general Bachelard, el cual posee sobre usted una considerable ventaja.

MONS. ¿Cuál?

BARN. La de no haber escrito nunca nada.

MONS. (*Sonriendo.*) Devuélvame usted el libro. Lo voy a romper.

BARN. Y para probarle a usted que no pertenezco a ningún partido, que no soy masón, como algunos lo han pretendido, ¿puedo hacer yo más que otorgarle a usted mi voto?

MONS. (*Levantándose muy satisfecho.*) ¡Ah! ¡Cuánto se lo agradezco!

BARN. ¡Ah!, pero con una condición. No palidezca us-

- ted: no es un chantage. No le voy a pedir a usted el reloj.
- MONS. Siempre el esprit en ustedes los autores dramáticos.
- BARN. El esprit... ¿Sigue usted confesando, Monseñor?
- MONS. Ya no.
- BARN. (*Riéndose.*) No se ponga usted en guardia. No tengo intención de pedirle a usted la absolución por mis pasadas borrascas juveniles, no. Pero hagamos un pequeño pacto entre ambos. Cuando usted sea académico y dentro de algunos años oiga usted que dicen por ahí: "Este pobre Barnac está de capa caída; desde hace algún tiempo no se le ve por ninguna parte." Pues bien: entonces venga usted a hacerme una visita de colega. Sin dejar de hablar del Diccionario, de sus éxitos en la secretaría permanente, mezclará usted el nombre de Dios en la conversación... Yo le recordaré el título de mis más espantables comedias, aquellas respecto de las cuales la Academia se ha dignado absorberme; por ejemplo, "Las cinco mujeres de Leonardo", "Las bagatelas de la puerta". Yo le contaré a usted también otras cosas, en plan de colega charlatán, y usted me dirá indulgente: "Esto no pesa nada en la balanza divina..."
- MONS. No es posible mostrar con más ingenio que los compañeros son perfectos calumniadores y que usted no ha abandonado del todo el recuerdo de su primera comunión. ¿Me permite usted que tome en serio este pacto amistoso y espiritual aunque sólo haya sido una fina y exquisita ironía de su talento?
- BARN. Ya lo creo que sí lo permito. Usted comprenderá que para una vez que recibo a un hombre de iglesia en mi casa, aprovecho la ocasión.
- MONS. Le prometo a usted que intercederé todo lo que pueda para que se encuentre usted entre los académicos del cielo. Esté usted seguro de mi

influencia. Además, me parece que tenemos más afinidades de lo que por ahí se creen.

BARN. ¿Tal vez ha leído usted mis obras?

MONS. Las he aspirado solamente, señor Barnac.

BARN. Está muy bien; veo que me devuelve usted muy oportunamente la ironía.

MONS. He oído decir muchas veces que los clérigos y autores dramáticos, hasta los más profanos, tienen orígenes muy afines, de los que no sabrían renegar y de los que se olvidan muy a menudo.

BARN. ¿Cuáles?

MONS. ¿No era acaso en los atrios de las catedrales donde se representaban los misterios? Las primeras representaciones teatrales nacieron a la sombra del altar. Somos colegas desde hace muchos siglos, señor Barnac.

BARN. Será, pues, un gran placer para mí el que seamos grandes amigos.

MONS. Así lo espero, señor académico. Y ahora me retiro verdaderamente confundido por la amable acogida que se ha dignado usted dispensarme. Así, pues, cuento con usted, ¿verdad?

BARN. Conste que va mi voto en prenda de la absolución.

MONS. Está dada.

BARN. (*Sonriéndose.*) No se comprometa usted demasiado.

MONS. “Un soir viendra”, señor Barnac. “Un soir viendra”.

BARN. Permítame usted que le acompañe, Monseñor.

MONS. Es usted muy amable.

ESCENA II

Sale *Marta* y la *Miss*.

MART (*Es una mujer joven, bella y originalísima; sus gestos son de gran actriz. Desde lo alto de la escalera.*) “Un soir viendra”, señor Barnac. ¡Ah! Ahora recibes curas en tu casa.

- BARN. ¿Qué es lo que haces desde allá arriba?
 MART. Entrábamos juntos en el momento en que salía Monseñor pronunciando el nombre de mi perfume. Te aseguro que me ha impresionado.
- BARN. (*Muy cariñoso.*) Buenas tardes, encanto. Buenas tardes, Miss.
- MART. Buenas tardes, mi vida. ¿Me quieres desde ayer?
- BARN. Te quiero desde el momento en que he tomado el chocolate esta mañana.
- MART. Cuando me han dicho que Monseñor de Cabriac estaba aquí no me he atrevido a entrar, y he esperado respetuosamente en la habitación.
- BARN. Ha venido a verme porque aspira a la vacante del marqués de Chenmevieres.
- MART. ¿Y se puede saber qué es lo que le has dicho tú a un obispo?
- BARN. He procurado mostrarme lo más grave y correcto posible. Le he hablado en tradicionalista. Pero, hija mía, perfumas de tal modo las habitaciones, que he estado algo avergonzado durante la entrevista.
- MART. Si el ambiente de la estancia te parecía demasiado femenino, no tenías más que haberle recibido en el cuartito de arriba. El perfume no hubiera subido de este modo hasta él.
- BARN. No por cierto. Eso nunca. A ese cuartito no sube nadie más que yo. Este es el refugio de las musas, exclusivamente reservado a la soledad, la lectura y la meditación. Bueno. Miss, vamos a ver: ¿qué es lo que han hecho ustedes hoy?
- MISS. A las dos hemos estado en las galerías Lafayette.
- BARN. ¿Cuánto tiempo han estado ustedes ahí?
- MISS. Una hora.
- BARN. Por supuesto, ¿esta mala persona no se habrá separado de usted un momento?
- MART. Eres un Otello.
- MISS. Después hemos ido a la fotografía para recoger el aparato que se mandó a arreglar. Lue-

go hemos estado en la zapatería; más tarde, comprando frutas.

MART. Y te he traído esto: celoso, más que celoso. (*Le da una fruta.*) Cierra los ojos y abre la boca. Por supuesto, que no te lo mereces.

BARN. No hemos terminado todavía el interrogatorio. ¿Después de las frutas.

MART. Hemos pasado por el teatro para preguntar cuándo es el ensayo general de "Machin Truc".

BARN. ¿Y la Miss se ha quedado mientras tanto en el coche?

MISS. Me he quedado la mitad del tiempo en el coche y el resto hablando con la portera.

BARN. Vaya, ahora ya te puedo abrazar. Estás hoy deliciosamente seductora. Estás fresca y húmeda como una flor en primavera.

MART. En el fondo, estos interrogatorios me divierten muchísimo. Tú sabes que te quiero con toda mi alma y que no tengo el menor deseo de engañarte. Pero puesto que estos interrogatorios te entretienen, yo, encantada. ¿Te parece que tomemos el te, amor mío? Espérame un momento, voy a ver si han vuelto los niños. En seguida tomaremos el te y saltaré un rato a la cuerda contigo.

MISS. Oiga usted, Pablo: me voy a tomar la libertad de decirle a usted una cosa.

BARN. Tú dirás, Ana.

MISS. Pues, sencillamente, que me molesta bastante que me llamen ustedes Miss. Todo el mundo me conoce ya en París por este nombre. Y francamente...

BARN. Prefieres que sepan que te llamas Ana de Pucheric, y que eres una noble parienta mía en mala posición, que ha tenido que venir desde Carcassonne. Prefieres que esté enterado todo París de esta anécdota.

MISS. No. Solamente encuentro que el papel de amiga íntima, de confidente de Marta, debería de desempeñarlo de otra forma. No lo hacemos con el tacto suficiente.

- BARN. ¡Ah!, mi pobre Ana; es un papel tan inverosímil el tuyo... Y conste que no he sido yo el que te ha colocado el mote.
- MISS. En efecto. Ha sido todo París.
- BARN. Desengáñate. Si alguno hace el ridículo en esta historia no eres ciertamente tú. Soy yo. Y no vayas a creer que me importa gran cosa. Al fin y al cabo tú has mejorado: tienes más dinero, te vistes con más elegancia, frecuentas la sociedad... Terminarás siendo una de nuestras elegantes.
- MISS. Búrlate, búrlate de mí.
- BARN. Dios me libre. Sería éste el mejor medio de perder tu confianza, lo cual tendría para mí muy tristes consecuencias. Créeme. Estoy encantado del acierto y amabilidad con que desempañas tu espinoso y delicado papel. ¿Tienes necesidad de dinero?
- MISS. Esta asociación de ideas me hiere un poco. Ya sabes que no soy banal.
- BARN. Vamos, ¿qué es lo que deseas?
- MISS. (*Sonriente.*) Pues, mira, con sinceridad; hay en casa de Mayer una mesita muy mona que me tiene encaprichada.
- BARN. Basta. Tendrás la mesita.

ESCENA III

Los mismos y *Marta*.

- MART. (*Entrando.*) Veintidós, veintitrés, veinticuatro.
- BARN. Veintitrés, veintiuno, diez y nueve.
- MART. Veinticinco, veintiséis.
- BARN. Diez y ocho, diez y siete, diez y seis...
- MART. ¡Ah! Tú me haces equivocar. Empiezo de nuevo: uno, dos, tres... (*Después de hacerle caer el cigarro con la cuerda, va hacia él y lo besa.*) Esto reemplaza ventajosamente el tabaco.
- BARN. ¡Oh!, mi cigarro, querida.
- MART. (*Huyendo para no dárselo.*) Tú fumas demasiado, querido, y sabes que está prohibido más de dos por día.

BARN. Bah, yo no creo en los médicos, como dice Moliere.

MART. Pues yo sí. ¿Tú crees que yo daría mis sesenta saltos si no creyera en la medicina?

BARN. ¡Oh! Pero tú, por cuidar tú línea, serías capaz de beber veinte vasos de vinagre por día.

MART. Pero eso no es una razón. *(Dándole el cigarro en la boca.)* Diez pitadas, ni una más, el tiempo justo de mis sesenta saltos. Vinagre, vinagre, vinagre... *(Salta ligera, mientras Barnac fuma precipitadamente.)* ¡Ah!, pero tan ligero no. Tú fumas demasiado a prisa. *(Saltando con mayor rapidez.)* Treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres... ¡Ay! Me torcí el pie.

BARN. ¡Oh!, mi vida, ¿dónde te hiciste daño? Déjame ver. *(Dejando el cigarro en la mesa e hincándose junto a ella.)*

MART. *(Larga una fuerte carcajada; levantándose, toma el cigarro y se apresura a tirarlo en una taza llena de te, a pesar de las protestas de Barnac.)* Sabía que tú no lo ibas a dejar. Fúmalo si puedes ahora. Bueno, vamos a tomar el te. Yo misma lo voy a servir. *(Lo hace.)* Y mientras tanto, cuéntame la conversación que has tenido con Monseñor de Cabriac.

BARN. Por cierto, lo que me dices me hace recordar que dentro de unos días recibimos en la Academia al mariscal Tellieux, y tendré necesidad de ponerme el uniforme. Recuerdo que el tricornio tenía las plumas algo comidas. Ana, ¿quieres ir al armario y traérmelo para que lo vea? *(Dándole una llave. Deja su taza y se acerca a Marta con infinita ternura.)* Marta, cuánto te quiero; qué inmensa ternura siento por ti.

MART. Lo sé, lo sé, amor mío. Qué bien nos entendemos los dos, ¿verdad? ¿Iremos al Casino de París esta noche?

BARN. Veremos, yo tengo mucho que trabajar.

MART. Bueno, pues entonces me quedo a comer contigo. ¿Y luego trabajarás en la comedia?

- BARN. Probablemente. No sé si vendrá la mecanógrafa, porque tiene a su madre enferma.
- MISS. Aquí traigo el tricornio. Yo lo encuentro muy flamante.
- MART. Bueno, ahora tienes que ponértelo. Te voy a sacar una fotografía. *(Coge una máquina de retratar que ha traído.)*
- BARN. No, estoy hecho un perfecto ridículo.
- MART. Sí. Quiero tener un retrato tuyo con tricornio. No te muevas ahora: uno, dos y tres; estás muy bien. Ya está. Ha salido divinamente. No te puedes hacer idea cómo cambias de aspecto con eso tan ridículo en la cabeza. ¿No te habrás movido?
- BARN. Ni un centímetro. Yo creo que ha salido muy bien.
- MART. Esta noche tendrás la prueba. No te muevas; todavía hay una placa.
- BARN. Otra. ¡Oh!, no, no; basta ya.
- MART. Sí, una conmigo, yo quiero.
- BARN. ¡Oh!, pero eres terrible, querida.
- MART. Sí. Miss nos la va a sacar.
- BARN. Bien; pero sin esto, ¿eh? *(Por el tricornio.)*
- MART. ¡Oh, sí, con eso! Y yo apoyada en ti; dos cabezas, Pablo y Virginia. *(Poniendo una pluma.)*
- BARN. Desde el día en que me otorgaron el derecho de llevar este armatoste todo ha cambiado para mí. Yo no digo que me haya cortado repentinamente la inspiración, pero si puedo decirte que desde que lo poseo, al ponerme a escribir, pienso: ¡Ojo con el tricornio! No vayamos a desacreditarlo. Afortunadamente, si mi consagración oficial contiene y domina mis espontáneos impulsos literarios, las irregularidades y extravagancias de mi vida privada me compensan de las rigideces que la poltrona académica me impone. No sé si me habrás comprendido bien.
- MART. ¡Oh, si yo te comprendo! Yo sé que tú eres un hombre de genio. Un hombre histórico; *(Besándolo.)* y yo te amo así, histórico.

- MISS. No moverse; a la una, a las dos y a las tres.
(*Retratando.*)
- MART. Va a salir muy bien. ¡Qué lástima que no haya más placas!
- BARN. ¡Oh! Basta por hoy. Mañana me sacarás con otro traje. (*Dejando el sombrero.*)
- MART. ¡Ay! Yo no sé si te tengo en pijama.

ESCENA IV

Los mismos y Jacques y Colette con su *Institutriz*.

- BARN. Ya están aquí los niños. ¿Qué hay, caballero?
Hola, señorita Colette. ¿Se han divertido mucho en el bosque?
- COLET. Sí, mucho; un amiguito nuestro le ha roto la pata a un pato.
- BARN. ¡Oh!... ¿Quieren tomar te con nosotros?
- INSTI. Advierto al señor que ya han merendado.
- BARN. Bueno, ya se acerca Navidad. ¿Qué quieren que les traigan los Reyes Magos?
- JACQ. Yo quiero un tren con túneles, puentes y un choque.
- COLET. Yo quiero un traje de enfermera.
- BARN. Claro. Para cuidar de los heridos del choque. Y tú, Jacques, ¿qué más quieres?
- JACQ. Pues yo quiero un hermanito pequeño.
- BARN. ¡Qué exigente! ¿No te gustaría más una caja de papel 'e escribir?
- JACQ. No.
- BARN. Ya lo has oído, Marta. Bueno, ¿y de qué edad quieres que sea el hermanito?
- JACQ. Pues quiero que sea de la misma edad que yo, para poder jugar juntos.
- BARN. (*Se ríe.*) Es extraordinario el parecido que este chico tiene con su padre.
- MART. ¿Estás seguro?
- BARN. Hasta cierto punto nada más. Mira, parece que le estoy viendo cuando decía con su afabilidad peculiar: "Hijo, ayer vi tu comedia; por cierto que me pareció detestable".

- CRIA. El señor Genius y otro más desean hablar con el señor sobre un asunto relacionado con la comisión de autores.
- BARN. Esta vez no tengo más remedio que recibirles. Hágales usted entrar.
- MART. Yo me retiro también, porque no estoy en "toilette" de recibir a nadie. Miss, venga usted conmigo, porque me tiene usted que preparar una fricción con la colonia que hemos comprado.
- MISS. Está muy bien.
- BARN. Hasta la vista, queridos; qué alegría que ustedes vengan a verme todas las semanas.

ESCENA V

Dichos, *Genius* y *Legardier*.

- GENI. Aquí están las monadas de la familia.
- BARN. ¡Perfectamente! La próxima vez, ustedes me encontrarán en cuatro patas, jugando a los caballos con ellos. (*Al chico.*) Adiós, mi general. (*En la puerta hace el saludo militar y mutis los chicos.*)
- MART. Yo no estoy presentable; ustedes me excusarán. (*Mutis, cerrando la puerta.*)
- GENI. Está usted muy bien. (*A Barnac.*) ¿Cómo va, mi querido presidente?
- BARN. Perfectamente, mi querido comisario. ¿Y tú?
- LEGAR. Yo no voy a hacer más que entrar y salir. Al entrar en la Biblioteca Mazarina me he encontrado a Genius, y como me ha dicho que venía a verte, he aprovechado la ocasión para preguntarte si deseas asistir al ensayo general de la obra que estreno el sábado próximo.
- BARN. No faltaba más. Ya lo creo que sí. Bien sabes que te profeso una sincera admiración. Eres un espíritu grave, profundo y ponderado, y al decidirte a escribir para el teatro, seguramente has de hacer cosas maravillosas.
- LEGAR. Muchas gracias, mi querido Barnac. La obra va a ser un cuento budista sacado de los Ve-

das. Todo el mundo no puede ser un maestro y un académico como tú. ¿Qué es lo que prefieres, un palco, una platea, butacas?

BARN. Puesto que me das a escoger, prefiero un palco. La llevaré a Marta.

LEGAR. Seguramente se aburrirá. Te lo aseguro. Buenas tardes Genius. Me marcho.

BARN. ¿Pero te marchas tan pronto? Espera un minuto, hombre.

LEGAR. No puedo. Me están esperando en la biblioteca. Además, Genius y tú tenéis que hablar de ciertos asuntos.

BARN. ¿Ciertos asuntos?

LEGAR. Y la prueba mejor de ellos, es que Genius ha dejado a su mujer en el taxi.

BARN. ¿Pero tú mjer está abajo? ¿Por qué no le has dicho que suba?

GENI. Porque hoy vengo a hablar al presidente de la Sociedad de Autores.

BARN. ¿A propósito de qué?

GENI. A propósito de la reunión de directores de cine.

LEGAR. ¡Oh, el cine!

GENI. Pretenden que no se les convoque el viernes próximo. Quieren una reunión especial, que tiene todos los caracteres de una provocación.

BARN. ¡Qué sirvergüenzas!

LEGAR. Bien dicho, Barnac.

GENI. Proponen una reunión preliminar en el Lutecia. ¿La aceptamos? Si te parece que sí, hay que señalarles día.

BARN. (*Consultando su agenda.*) Proponles el 12, a las diez de la mañana.

GENI. El 12, a las diez de la mañana. Perfectamente.

LEGAR. Con un hombre de tu energía, todos los milagros son posibles.

GENI. Si todos los presidentes que tenemos fueran tan inteligentes, tan simpáticos, tan eminentes como éste.

BARN. Vaya, vaya. De todos los presidentes salientes se suele decir lo mismo.

- GENI. No, Barnac. Por ti sentimos una admiración sincera, un afecto entrañable. Tus enormes éxitos los has conquistado siempre honradamente, por el camino recto. Tienes adversarios, pero no enemigos. Eres querido, admirado y respetado por todo el mundo.
- BARN. Ignoro si merezco todo esto, pero sí puedo decir que es una impresión bien agradable la de sentirse amado, y la de amar también, por supuesto.
- GENI. Bien puede decirse de tí que eres un prestigio verdadero. No como esos otros que roban la reputación. Estoy seguro que si te acordases que un día me prometiste ayudarme a conseguir una cruz de oficial de la Legión de Honor y de escribir al ministro...
- BARN. Te contestaría que una carta ejerce siempre menos influencia que una conversación, y que mañana mismo hablaré con el ministro.
- GENI. ¡Oh! ¡Qué hombre!
- BARN. No es nada. Es bien poca cosa.
- GENI. Palabra que estoy conmovido. Es estúpido.
- LÉGAR. Nunca es estúpido el encontrar una lágrima oportunamente.
- GENI. Qué bien he hecho en no transmitirle a Miss, cuando la he visto en la estación de Asnieres, como pensé en un principio, el encarguito de los propietarios de cine. Hubiera perdido esta gran ocasión de estarte eternamente agradecido.
- BARN. *(Con sorpresa.)* ¿Te has encontrado con Miss hoy en la estación de Asnieres? ¿Estás seguro de que era ella?
- GENI. Completamente seguro. Yo venía de casa de mi suegro.
- BARN. ¿Recuerdas a qué hora fué?
- GENI. Debían de ser, poco más o menos, las dos y diez.
- BARN. ¿No le has hablado?
- GENI. No. Ella ni siquiera me vió, se dirigía hacia la primera clase. Yo ya sabes que soy de los que viajo en segunda.

- LEGAR. Yo también, menos cuando lo hago en tercera.
- BARN. ¿Estás seguro de no equivocarte? ¿Te acuerdas del sombrero que llevaba?
- GENI. Me parece que era rojo pimienta.
- BARN. Exactamente.
- GENI. ¿Pero por qué me preguntas estos detalles?
- BARN. *(Dirigiéndose a la puerta de la habitación.)* Un segundo. *(Llamando fuerte.)* ¡Miss!
- GENI. *(Inquieto.)* ¿Pero qué es? ¿Qué es lo que te propones?
- LEGAR. Me parece que quiere despedir a la señora de compañía.
- MISS. *(Dentro.)* ¿Me llama usted? Estoy haciendo una fricción para la señorita.
- BARN. Pues interrumpa usted la labor. Tengo necesidad de usted. *(A Genius.)* Bueno, entonces tú te encargas de citar a estos propietarios de cines.

ESCENA VI

Los mismos y Miss.

- MISS. Perdonen ustedes que me presente así. Estaba haciendo una fricción para la señorita. Buenas tardes, señores.
- BARN. ¿Me ha comprado usted la pasta dentrífica en las Galerías?
- MISS. Me figuro que la señorita se habrá acordado de ello.
- BARN. ¿Pero no estaba usted con ella?
- MISS. Naturalmente que sí. Hemos estado una hora. Había un gentío enorme. Ya casi ni me acuerdo.
- BARN. ¿Han estado ustedes desde las dos hasta?...
- MISS. Las tres, hora en que hemos ido a casa de la modista. Pero me figuro que no me ha llamado usted para hacerme estas preguntas.
- BARN. En efecto, era un paréntesis. Yo quería... yo quería... ¡Ah! ¡Sí! Que vaya usted inmediatamente al Ministerio de Instrucción pública, a pedir al jefe de despacho, Ferioul, me prepare una entrevista con el ministro.

- GENI. ¡Oh! Es demasiada amabilidad la tuya.
 MISS. ¿Sin una palabra de introducción? (*Barnac se sienta y escribe unas líneas.*)
 GENI. (*Bajo a Legardier.*) Pobre Barnac. Tan gran hombre y traicionado y escarnecido en todas partes.
 LEGAR. ¡Es lamentable!
 GENI. ¡Qué existencia!
 LEGAR. Y no ve nada... No sabe nada.
 GENI. Y cómo voy yo a reparar mi "gaffe".
 LEGAR. Un consejo. No la repares de ninguna manera.
 GENI. ¿Entonces?
 LEGAR. Todo lo contrario. Tú, que eres uno de sus amigos más íntimos, confidencialmente y con todo afecto debías de explicarle la verdad, excitarle a encontrar de nuevo la dignidad de su vida. Ten siquiera una vez valor y le habrás hecho un inmenso servicio.
 GENI. Ya sabes que lo que ocurre me repugna tanto como a ti. Tienes razón. Es lástima que un corazón tan noble...
 MISS. (*Tomando la carta que le da Barnac.*) Está muy bien. Voy a ponerme el sombrero y salgo en seguida.
 LEGAR. Yo también me marchó. Ya sabes que se te quiere.
 BARN. Hasta la vista, mi querido Legardier. (*Se va.*)

ESCENA VII

Barnac y Genius.

- BARN. ¿Sabes que esta afectuosa efusividad en un hombre tan frío y tan poco aficionado a las expansiones como Legardier, me da muy mala espina? Dime, Genius.
 GENI. ¿Qué?
 BARN. Olvidemos esta pequeña historia, ¿no te parece?
 GENI. No comprendo. No sé qué es lo que quieres decir.

BARN. Si prefieres no comprender, mejor. Por otra parte, tienes razón. La cosa carece de importancia. Marta es tan débil con la Miss, que la autoriza con mucha frecuencia a hacer escapadas.

GENI. *(De repente y con explosión de gran sinceridad.)* Pues bien, no, no. Voy a reventar de una vez.

BARN. ¿Qué? ¿Qué hay?

GENI. Ea, que ya no puedo más. La indignación me ahoga. Tú, el más excelente de los hombres; tú, el faro más luminoso de nuestra generación; tú, que deberías estar rodeado del respeto de todos..., eres objeto de burla y de escarnio. Nosotros, tus buenos amigos, experimentamos una sincera pena al contemplar que alrededor de un hombre de tu valor no existe el sentimiento de veneración que tienes derecho a inspirar. Ciertas indignidades debieran ser ahorradas.

BARN. ¿Pero tan ridículo me encuentras?

GENI. ¡Oh, no! Un hombre como tú, jamás puede resultar ridículo. No he querido decir ni precisar nada. Envalentonado por tu actitud, no he podido contener un grito de alerta. He ahí todo. Tenlo en cuenta y no hablemos más del asunto. Perdóname, pero has sido tan espontáneamente generoso conmigo... Oye uno tanta miserable calumnia... *(Silencio penoso.)*

BARN. *(Va lentamente hacia él y le pone una mano en la espalda.)* Vamos, ¿qué es?

GENI. ¿Eh?

BARN. ¿Su nombre?

GENI. No esperes eso nunca de mí. Yo no sé nada. No he hecho ninguna delación. Te he dicho simplemente: "abre los ojos; está alerta". Tú mismo estás convencido de lo mismo.

BARN. *(Con ansiedad.)* ¿Uno o varios?

GENI. No insistas. Te repito que no sé absolutamente nada. He lanzado este grito de protesta, de rebeldía, de mal humor, porque traduce perfec-

tamente el sentimiento que a todos nos inspira. Sí; nosotros, los que te queremos, sufrimos al no verte instalado en un ambiente digno de tu gloria y de tu nombre. Prevenido de esto, seguramente sabrás tú solo alumbrar en tu vida privada sin ayuda de tercero.

BARN. Sí, tienes razón. Desecho las sospechas.
GENI. ¡Oh! ¡Mi querido Barnac! ¡Mi buen Barnac! Si tú pudieras crearte un hogar que correspondiese a tu gloriosa madurez. Créete que nosotros lo deseamos de todo corazón. Escucha, pues, nuestro ruego, y perdona nuestra sinceridad.

BARN. Bueno; ¿pero cuántos son los que se ocupan de mi felicidad? Porque como dices nosotros, me das la impresión de que tengo colocada detrás de mí una guardia de honor, como en las tragedias.

GENI. Y, efectivamente, esta guardia de honor es la comisión, son tus amigos, que sufren cuando te ultrajan.

BARN. Pero permíteme que te diga que tanto respeto y tanto afecto y tanta compasión resultan un poco vejatorios, porque parece que son dedicados a un ser inconsciente de sus actos. ¿Por qué no me ayudas a encender la linterna que alumbre mis pasos?

GENI. Mira, Barnac. Es cosa curiosa que vosotros, los grandes hombres, raramente comparten la tranquilidad del hogar con una mujer que los merezca. Siempre habéis de compartir su intimidad con compañeras manifiestamente inferiores a ustedes; eso, cuando no tienen el corazón degradado. Esto causa, como es natural, el estuor de los buenos burgueses. Indudablemente, habrá que creer que es una de las especialidades del genio. Se diría que huyen de la igual a ustedes mismos, la igual que seguramente habría de avivar la llamarada inspiradora de sus cerebros.

BARN. La igual a mí mismo... Qué horrible perspectiva... Siempre la he mirado con terror.

GENI. ¿Pero no valdría esto mucho mejor que estar, como tú estás, expuesto a estos inconvenientes del amor que se desdeñan a los veinte años porque son la manifestación de nuestra inconsciencia juvenil, que resultarán, por consiguiente, mucho más insoportable en la época de la madurez?

BARN. ¡Psch! ¡Cuánto eufemismo para decir una cosa tan simple! Genius, amigo mío, ¿por qué no me ayudas? Ayúdame, ayúdame.

GENI. Sí, Barnac, con todo mi corazón.

BARN. Vamos a ver. Dime el nombre.

GENI. Basta, basta; basta de este asunto.

BARN. El..., los... ¿Plural o singular?

GENI. Te ruego...

BARN. Escúchame. Cuando un pobre hombre se ha caído al agua, no se le salva diciéndole: "A ver cómo te las arreglas." No me dejes manotear en el oleaje de las suposiciones. Abrevia, abrevia. Al fin, he de llegar a saberlo.

GENI. No; es inútil. No esperes eso de mí.

BARN. Pero, hombre, ayúdame un poco. Oriéntame. ¿O es que existe entonces una odiosa pluralidad?

GENI. No interpretes así mi silencio...

BARN. Bueno, uno solo... Si no me quieres decir el nombre, dime por lo menos la inicial. Guíame. ¿No lo quieres? Por lo menos, una palabra. Me es absolutamente necesario. ¿Se trata de una persona de mis relaciones? Contesta. ¿De mis relaciones? Ah, esto es muy importante. Mira, no hables, no hables si no quieres; pero escribe. Toma esto. (*Le da un lápiz.*) Escribe sólo la inicial. Yo averiguaré el resto. Escribe, escribe. (*Silencio penoso; sin levantar la cabeza, Genius toma el lápiz y escribe una letra.*)

BARN. (*Tomando la hoja y leyéndola.*) Y adiós. Iré mañana a ver al ministro, ya sabes que ahora tengo mucha influencia en Instrucción pública.

- GENI. Muchas gracias. Estoy realmente emocionado. Entonces, hasta muy pronto, ¿eh?
- BARN. No, adiós.
- GENI. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?
- BARN. Mira. Ven aquí. ¿Ves los muelles, el Louvre, más abajo el Sena? Aquí me ponía yo todas las tardes, a las cinco, en el momento en que la tarde comenzaba a declinar. Esperaba lleno de ansiedad. De repente, percibía en el extremo del puente una silueta. Distinguía después una mano que me saludaba. Mi corazón latía entonces con fuerza. La tarde se iluminaba. Había atravesado el muelle. Desaparecía de pronto. Subía la escalera muy de prisa. Se abría la puerta, mi habitación se inundaba con luz de aurora. La vida se convertía para mí en algo radiante, cálido, inefable. Era la dicha, la felicidad que tú acabas de segármela cruelmente de un golpe, con una palabra. ¿Y quieres que te perdone? Nunca. Vete y no vuelvas más. Tu misión está cumplida.
- GENI. Pero me dejas aterrado... Si yo hubiera sabido que te ibas a emocionar de esta forma...
- BARN. No vuelvas más, te lo ruego. Vete, vete.
- GENI. Pero, Barnac, como amigo mío.
- BARN. No.
- GENI. Ojalá hubiera subido con mi mujer, en vez de haberlo hecho solo.
- BARN. ¡Ah! Pero no has venido solo. Has venido con alguien que no vuelve contigo, que desgraciadamente se queda aquí para siempre.
- GENI. ¿Quién es?
- BARN. El dolor. Adiós, amigo mío.

ESCENA VIII

Barnac, y al poco rato la señorita Tigraine.

- BARN. Y... Y ha dicho que era de mis amistades... Y... Y... Pronto saldremos de dudas. Veamos el libro de direcciones. (*Hojeando el libro.*) Hay

muy pocos nombres; muy pocos. El campo de las sospechas es muy limitado. Hay, pues, dos hipótesis; solamente dos. Sí; tiene que ser uno de éstos. (*Abstraído en hojear el libro, no se da cuenta de la entrada de la señorita Tigraine.*) ¡Ah! ¡Era usted!

TIGRAI. Sí. Pero no se moleste usted por mí.

BARN. (*Pausa muy larga. Sigue preocupadísimo y abstraído con su meditación.*) ¿Cómo está su madre de usted?

TIGRAI. Mal. Muchas gracias. Muy mal. El médico dice que no recobraré el movimiento de la pierna.

BARN. (*Cerrando de un golpe el cuaderno.*) ¿De modo que está mal? Y dígame usted, ¿cuánto tiempo hace que está usted separada de ella?

TIGRAI. Hace unos ocho días. Me he entendido con una vecina que se encarga de asistirla.

BARN. (*Sacando un billete de la cartera.*) Tenga usted. Le ruego que acepte estos quinientos francos. Quiero que tome usted para su madre una enfermera profesional.

TIGRAI. ¡Oh!, no, muchas gracias; yo no puedo aceptar esto. Si lo hubiera sabido no le hubiera dicho a usted nada.

BARN. Le digo a usted que lo acepte. Si no, me dará usted un verdadero disgusto.

TIGRAI. Es usted la bondad misma.

BARN. ¡Oh! La bondad es algo superior a esto.

TIGRAI. Si yo tuviera ocasión para probarle a usted mi infinita gratitud.

BARN. (*Después de reflexionar un momento.*) Pues, sí; la puede usted tener. Ahora mismo.

TIGRAI. Ordéneme usted.

BARN. ¿Hará usted todo lo que yo le pida?

TIGRAI. Todo.

BARN. (*Mirándola fijamente.*) Reflexione usted.

TIGRAI. (*Bajando los ojos.*) Todo...

BARN. No es eso... No me comprende usted. No pido ninguna indignidad. Lo que yo quiero de usted es un servicio profesional. ¿Se compromete usted a instalarse allí arriba, en mi gabinetito,

detrás de la cortina, para ir tomando taquigráficamente todas las conversaciones que usted oiga?

TIGRAI. Ya lo creo que sí. Muchas veces me ha mandado usted tomar conversaciones entre la señorita y usted para encontrar expresiones naturales en el diálogo.

BARN. Sí; pero esta vez no se trata de una conversación mía.

TIGRAI. Ya comprendo.

BARN. Reflexione usted a lo que se compromete.

TIGRAI. Lo he reflexionado. Sé lo que debo hacer.

BARN. Perfectamente. Muchas gracias. Tengo una absoluta confianza en usted. Le voy a explicar lo que vamos a hacer. Mañana vendrá usted a primera hora.

TIGRAI. Entendido.

BARN. ¡Ah! Y traiga usted a su amiga. La que estuvo viniendo el mes pasado. A medida que va usted tomando las palabras, la otra las irá traduciendo. De ese modo, la cosa será más rápida, porque yo necesito las cuartillas íntegras mañana mismo. Le daré a usted también inmediatamente la llave de la puerta de la casa, porque es absolutamente necesario que nadie, ni siquiera el criado, sepa que están ustedes en casa. Cuando estemos completamente solos combinaremos la cosa. Ahora haga usted el favor de pedir comunicación: Passy, tres mil doscientos veinticuatro.

TIGRAI. (*Descolgando el aparato.*) Passy, tres mil doscientos veinticuatro. Oiga.

BARN. Echará usted en el correo esta carta que le voy a dictar. Escriba usted la dirección para no perder tiempo. Señor Carlos Jarry.

TIGRAI. Ya contestan. Tenga usted. (*Le da el receptor.*)

BARN. (*Hablando por teléfono.*) ¿El señor conde de Jalligny? Que haga el favor de ponerse al aparato de parte del señor Barnac. ¿Es usted, conde? Un segundo solamente. No voy mal, muchas

gracias... ¿Y usted? Me alegro. Quería hablarle del asunto de la venta de la consola Luis XIII del castillo de Malloire. ¿No está vendida? Perfectamente. Sí, lo he pensado mejor. Tengo que hacerle a usted una proposición; bueno, a los Malloires. Sí, muy interesante. ¿A qué hora podrá usted venir? ¿A las dos y media? Perfectamente. Entonces, hasta mañana, a las dos y media. Gracias. Adiós. (*Cuelga el receptor, y dicta a Tigraine lo siguiente.*) “Se trata del re-estreno de nuestra opereta “La Marquesa de Carabás”. Me piden que le dé algunos cortes. ¿Quiere usted traerme la partitura? Le espero a usted mañana, a las dos en punto, y le ruego que venga sin falta. Muy suyo, *Barnac.*” (*Firma la carta.*)

ESCENA IX

Los mismos y *Marta.*

- MART. ¿Qué, se han marchado ya esos fastidiosos?
 BARN. Sí, hace un momento. (*Dirigiéndose a Tigraine.*) Lléveme esto inmediatamente al correo. Querida Marta, tengo el pesar de participarte que me acaban de comunicar por teléfono un encargo un poco fastidioso. El secretario de la Academia me participa que el compañero designado para pronunciar el discurso con ocasión de la inauguración del busto de Ravellaud, mañana en Melún, está en la cama con gripe, y me ruega que me encargue ya de pronunciar el discurso. Como va el ministro, y la Academia tiene que estar representada, no he podido negarme.
- MART. ¿Entonces, mañana te vas a Melún?
 BARN. No tengo más remedio, hija. Pero será por muy poco tiempo. Tomaré el tren de las doce, y estaré de vuelta para las ocho. ¿Vendrás a esperarme a la estación?
- MART. ¿Pero no es mañana día de recibo de la semana?

- BARN. Sí; pero no vendrá nadie de importancia. Además, tú puedes hacer el favor de venir por la tarde, a las dos, y recibirás a la gente, excusándome cumplidamente.
- MART. ¿Yo? ¿Y con qué títulos? ¿Y si viene elemento oficial? ¿Cómo les voy a recibir yo? (*Sale Tigraine.*)
- BARN. Pues, sencillamente, como ama de casa. ¿Acaso no lo eres? De todos modos, esto es mucho mejor que cerrar las puertas a las gentes.
- MART. Muy bien. Entonces, yo vendré mañana a la una y media y me quedaré hasta las siete y cuarto, hora en que iré a recibirte a la estación. Después comeremos juntos, ¿verdad, amor mío? (*Pausa.*) ¿Qué te parece la fricción que me ha dado la Miss? Mira qué bien huele.
- TIGRAI. (*Entrando.*) Maestro, ¿le parece que despachemos el correo?
- MART. Pero qué, ¿no han trabajado ustedes en la comedia?
- BARN. No. Ha sido imposible. No he tenido un minuto libre.
- MART. ¡Oh! ¿Pero desde que la señorita Tigraine está aquí no has dictado ni una palabra?
- BARN. Ni una sola.
- MART. (*Zalamera.*) Pero qué poco trabajador... Nada, nada; pues a trabajar. Tienes delante de tí una hora, conque aprovechar el tiempo. Y yo, con tu permiso, muy calladita, me quedaré aquí para oírte lo que dictes... (*Se sienta entre las rodillas de Barnac, en el suelo.*) Dictas tan bien... Se te ocurren unas cosas tan bonitas, tan delicadas, tan vibrantes. Mira, mientras tanto, voy a fumarme un cigarrillo. Señorita Tigraine, tome usted los lapiceros, y escriba. ¿Qué es lo que vas a dictar? ¿En dónde te quedaste? ¿En la escena de la esposa que resulta tener dos maridos legítimos?
- BARN. (*Mirándola fijamente.*) Estoy... Estoy... No me acuerdo ya. No me acuerdo de nada.
- MART. (*Cantando.*)

Adiós, mi amor adorado;
adiós, mi adorado infiel;
te vas cuando el amor ha llegado.

(Deja de cantar.) Me callo, me callo. Empieza. Qué interesante es esto de no saber lo que se te va a ocurrir.

BARN. Vaya, pues; empiezo. No voy a continuar la escena. Voy a dictar algo del acto tercero. Habla el protagonista. Está triste. Sabe que ella le engaña. Ella cree que lo ignora. El drama no puede ser más simple. *(Dictando.)* "Siéntate, como otras veces, encanto mío. Todavía puedo escuchar tu voz. Mañana, tal vez, no estarás ya conmigo. No tendré más que el horror, el odio, el desamor, el abandono. Pero aprovechemos el día de hoy, que es día de fiesta. Déjame que te acaricie con la misma alegría de siempre, tu linda cabecita, tus divinas pupilas cerradas. Déjame que oiga tu risa, que penetra en mi alma como una bendición; como diciéndome: "Buenos días. Soy yo, soy tu mujercita, que nunca te hará ningún mal. Que te querrá siempre, siempre." *(Continúa dictando.)*

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto anterior.

ESCENA I

Las cortinas del cuartito de arriba están corridas; son las dos de la tarde. Al levantarse el telón, *Carlos y Marta* examinan la partitura de una ópera. Marta, sentada delante del piano.

MART. Esta escena del Chambelán y el Maestro de baile hay que cortarla. Es demasiado larga.

CARL. ¿Encuentra usted?

MART. Sí, hay que cortarla.

CARL. ¡Ah! Mano cruel. Siempre cortando. No hay más remedio que dejarse martirizar por esos deditos.

MART. (*Vivamente.*) Calle usted, me parece que han llamado.

CARL. No oigo nada.

MART. Pues se me había figurado. Como es el día de recibo de Barnac.

CARL. No me hable de Barnac. Vaya una formalidad. Me escribe, diciéndome: "Sea usted puntual, tenemos que darle a la obra algunos cortes." Me tomo el trabajo y la molestia de venir, y resulta que se ha ido a Melún. Menos mal que esto me ha dado ocasión para departir con una de las mujeres más bonitas de París.

MART. Pues entonces, ¿de qué se queja usted? Le aseguro que le enviaron el aviso a las seis de la tarde. Y ya no era cosa de darle a usted contraorden.

CARL. ¿Y no me puede decir en qué teatro se va a re-estrenar la obra?

MART. Le repito a usted que no tengo la menor idea. ¿Cuánto tiempo hace que no se ha puesto en escena "La Marquesa de Carabás"?

CARL. Unos siete años. Entonces no vivía usted con él.

MART. No, solamente hace cinco años. Pero me acuerdo como si fuera ayer del estreno. Estaba yo en un palco, a la izquierda.

CARL. ¿Tendrá usted gran predilección por esta obra?

MART. ¡Psch! No es, ciertamente, de lo mejor que ha escrito nuestro gran hombre. Sin embargo, hay cosas muy bonitas. Claro, que al cabo de siete años, la obra está un poco pasadita de moda.

CARL. ¿Usted cree que en siete años se envejece uno mucho? Siete años para mí no son nada; son un soplo.

MART. Pues si lo dice usted por él, le contestaré que está muy joven, ¿lo entiende? Más joven que muchos jóvenes.

CARL. ¿De verdad?

MART. Es gracioso ver cómo dudan ustedes de sus colaboradores.

CARL. Es lo clásico.

MART. Y después de todo, no se haga usted tantas ilusiones. Usted envejece sin darse cuenta. Y si no, ¿por qué se ha afeitado usted el bigote?

CARL. Pues, sencillamente, por ir a la moda.

MART. Sí, a la moda. Porque iba usted teniendo una porción de hebras plateadas. Vamos a ver. ¿Qué edad tiene usted, Carlos?

CARL. Tengo la edad de Mozart, diez años antes de su muerte. ¿Sabe usted qué edad tenía Mozart cuando murió?

MART. Naturalmente que sí. Tenía diez años más que usted. (*Riendo ambos.*) ¡Ah, juventud! Le aseguro a usted que nunca me han gustado los jóvenes. Siempre me han inspirado desagrado, horror.

CARL. ¿Lo dice usted en serio? ¿Es cierto que siempre ha experimentado usted este horror por la juventud?

MART. Siempre. Es la verdad de las inexperiencias. Y luego, amigo mío, la estupidez; la enorme, la inmensa estupidez de la juventud. Prefiero mil veces un hombre maduro que siempre posee un gran corazón y un gran cerebro.

- CARL. Me hace gracia. Parece que está usted descubriendo un objeto.
- MART. Bueno, Carlos, dejemos la conversación y hablemos de otra cosa. ¿Quiere usted fumar?
- CARL. Con mucho gusto.
- MART. (*Encendiendo un cigarro que le ha ofrecido.*) Yo creí que no fumaba usted más que componiendo y tocando el piano.
- CARL. Se equivoca usted. Yo fumo en todos los momentos de mi vida en que la felicidad me sonríe.
- MART. ¿De verdad?
- CARL. (*Acercándose muchísimo a Marta.*) Sí, y éste es uno de esos momentos.
- MART. (*Separándose bruscamente.*) Le ruego a usted que sea más correcto. Y sepa usted que no he de prestar jamás oído a sus insinuaciones. Estoy enamorada de Barnac con amor exclusivo y profundo. Y todos los que no lo entiendan así son unos perfectos imbéciles.
- CARL. Bueno, Marta, perdóneme usted. Siento haberla molestado. (*Pausa.*) Qué lástima que no cante usted mi música. Mire, Marta: en obsequio a usted voy a improvisar algo en el piano. Me encanta improvisar sobre un tema cualquiera. No se mueva usted. (*Improvisa en el piano.*) ¿Sabe usted qué es lo que estoy describiendo? Son sus ojos. ¿Distingue usted su color?
- MART. En efecto, son mis ojos.
- CARL. Ahora voy a describir sus manos. (*Improvisa otro tema.*)
- MART. (*Bruscamente.*) ¿Me quiere usted decir qué fue de su amiguita?
- CARL. (*Cerrando el piano.*) ¿Cuál? He tenido tantas...
- MART. Me refiero a aquella tan mona, rubia. Una que abandonó a usted cuando comenzó a ser hombre de mundo y que se disparó un tiro, quedando gravemente herida.
- CARL. (*Con gran disgusto.*) ¿A qué viene el recordarme una cosa tan desagradable?

MART. Pobre niña... Me acuerdo que me solía probar los vestidos en casa de Lucía, la modista. Era tan dulce, tan buena, tan sencillita. Me solía decir la pobre: "No me hago ilusiones; ya sé que no me casaré con él..." Yo le prometí hacerle un regalito. Pero una tarde que se lo llevé me dijeron que no volvía más. Estaba en una casa de salud.

CARL. (*Interrumpiéndola con gran nerviosidad.*) Le suplico a usted...

MART. Pobre niña, pobre niña; cuando la vea usted será tan bueno que le entregue de mi parte esto. No vale nada. Es un amuleto para conquistar la felicidad; ¿se lo dará usted? (*Le entrega el amuleto.*)

CARL. Qué habilidad tiene usted para deshacerse de los que le importunan.

MART. No por cierto. Lo que ocurre es que cada uno canta la canción que conoce. Usted conocía muy bien la suya y yo le he contestado con la mía. (*Tocando el piano.*) ¡Ah! Esta vez sí que han llamado. Bueno, hay que hacer grandes reformas en la obra; sobre todo en el primer acto. Barnac volverá a las siete. Entre los dos harán las correcciones.

CARL. Entonces, ¿volveré?

MART. Naturalmente que sí, Carlos. Olvidemos lo que nos hemos dicho mutuamente, y seamos buenos amigos.

CRIA. (*Anunciando.*) El señor conde de Jalligny-Nemours.

MART. Que entre.

CARL. Volveré a las nueve.

ESCENA II

Marta y Jalligny.

JALLIG. Buenas tardes, Marta. ¿Está usted sola?

MART. Lo que se llama completamente sola.

JALLIG. ¿Es decir, que ha salido?

- MART. Es decir que está en disposición de inaugurar el busto de Ravelaud.
- JALLIG. Es increíble. Me citó ayer para las dos y media, para hablar de la venta de una consola que está en el castillo de los Malloires.
- MART. No ha tenido más remedio que sustituir a un colega enfermo. Le avisaron ayer a última hora.
- JALLIG. Lo siento. ¡Oh; qué diablo! Casi me alegro, puesto que tengo la dicha de encontrarme con usted a solas. Nuestra amistad data de larga fecha, ¿verdad? Por muy joven que usted sea, me parece que hace por lo menos doce años que nos conocemos.
- MART. ¿Tanto tiempo?
- JALLIG. Por lo menos dos lustros. ¡Ah, qué temporada! ¿Se acuerda usted en Deauville, de Evian, Yvonne?
- MART. Sí que me acuerdo.
- JALLIG. En aquella época vivía usted con De Chavres, y viajaban ustedes mucho por playas y balnearios. Pobre De Chavres. Siempre le he tenido gran afecto. Si viera usted lo que sufrió cuando se separaron ustedes.
- MART. ¿Y qué quiere que yo le hiciera?
- JALLIG. Nada, por supuesto... Si viera usted con qué entusiasmo, con qué emoción, con qué cariño habla de usted.
- MART. ¿Pero a qué vienen estos recuerdos?
- JALLIG. Qué preciosa, qué elegantísima estaba usted entonces; y, por supuesto, lo sigue usted estando ahora. A pesar de haber dedicado su vida y su talento de artista a Barnac y a su teatro, no ha perdido usted ese maravilloso chic.
- MART. Muchas gracias. La lisonja, por venir de labios de usted, que es un maestro en cuestiones de distinción, me satisface plenamente. Me gusta mucho esa corbata que lleva usted.
- JALLIG. Calle usted, por Dios; voy a visitar a unos nuevos ricos que me han invitado a tomar el te para fijarse en mi indumentaria y poder to-

mar nota de ella. Para fastidiarles, he escogido exprofeso esta horrible corbata, que seguramente procurará copiarme el ridículo rasta-cuero.

MART. (*Riéndose.*) La verdad que tiene usted mucha gracia, Jalligni.

JALLIG. Cuando se ríe usted está todavía más tentadora.

MART. (*Poniéndose de pronto seria y variando la conversación.*) ¿Me quiere usted decir qué consola es esa por la cual le ha llamado a usted Barnac?

JALLIG. Es una consola que poseen desde hace ya mucho tiempo los Malloires. Incidentalmente, me habló de ella en cierta ocasión Barnac. ¿Para qué fué? ¡Ah, sí! Porque quiere cambiar el mobiliario de su habitación, de su horrible habitación de múltiples colores. (*El que tenga el decorado.*)

MART. En efecto.

JALLIG. Pero los Malloires piden un precio elevadísimo. Si usted pudiera conseguir que fuera renovando sus muebles poco a poco.

MART. Naturalmente. Estoy yo aquí para algo.

JALLIG. Este buen Barnac... tan excelente como es, tan cordial... Es lástima que le falte un poco de gusto. El pobre se prepara a recibir la ancianidad tendido en una chaise-longue. (*Comienza a fijarse en los detalles de la habitación.*) Le confieso a usted, Marta, que hay detalles en esta habitación que no me gustan nada. El cuarto es indudablemente espacioso. Con algo de gusto y cincuenta mil francos es posible que se pudiera poner esto presentable. Debería usted dedicarse a ello en los ratos perdidos.

MART. No tengo tiempo.

JALLIG. ¿Tan ocupada está?... Nada, debe usted hacerlo. Este mobiliario no es digno de usted. Si quiere puedo darle algunos consejos. Ya sabe que yo me ocupo de estas cosas sólo por gusto, y como estoy muy bien relacionado, veo mu-

chas veces pasar ante mis ojos cosas magnificas. Me dicen que yo recojo siempre las bellezas que se pierden. (*Dice esto con mucha intención.*)

MART. En efecto, todo el mundo lo sabe.

JALLIG. ¿Quiere usted que tranquilamente discutamos la proposición que acabo de hacerle? ¿Conserva usted, por supuesto, todavía su casa de Asnières?

MART. Claro que la conservo.

JALLIG. (*Acercándose mucho a ella y con marcada intención.*) Si usted quisiera, Marta, yo le pondría a usted su casita de Asnières encantadora, sin que le costara a usted un céntimo.

MART. ¿Amueblada gratuitamente?

JALLIG. Completamente.

MART. Si usted supiera el desinterés y el afecto con que quiero a Barnac, seguramente no me hablaría usted en el tono en que me habla. Conozco ese género de proposiciones, amigo Jalligni. Cuando Farmenje, el pintor, me hizo este retrato me dijo: "A Barnac le cobraré treinta mil francos, de los cuales diez mil serán para usted." En el fondo no crea usted que me enfado. Me río solamente.

JALLIG. (*Serio.*) ¿Y si yo no participara de esa hilaridad?, porque lo que usted está diciendo puede llegar a ofenderme.

MART. No lo creo. Como usted decía hace un momento, somos viejos amigos. Hemos tenido muchas conversaciones íntimas respecto de estas cuestiones de dinero; de nuestros contratiempos económicos, de nuestros fracasos, de su divorcio... ¿Recuerda usted aquella tarde, en Ginebra, al pie del Mont Blanc, cuando yo esperaba a De Chavres?

JALLIG. Sí, que me acuerdo.

MART. Aquella tarde me abrió usted su corazón. Estaba usted conmovido, emocionado y al mismo tiempo locuaz.

JALLIG. Es que habíamos bebido demasiado champá-

gne. Luego, era una tarde de verano tan espléndida. ¿Se acuerda usted que tomamos un coche descubierto para regresar a Digionne? ¿Se acuerda usted de aquel momento? Su rostro se volvía hacia mí...

MART. Tengo una vaga idea.

JALLIG. No obstante, procedí correctamente. No abusé de mi situación. Si lo hubiera intentado...

MART. Creo recordar que una boca buscaba la mía.

JALLIG. Una boca que no la ha olvidado jamás. (*Pre-tende abrazarla. Ella se resiste. La lucha es brutal y violenta. Por fin ella logra desprenderse de él.*)

MART. ¿Pero qué se ha figurado usted? Y todo por una frase estúpidamente interpretada. (*El intenta abrazarla nuevamente.*) Le juro a usted que como intente empezar de nuevo, llamo para que lo arrojen.

JALLIG. (*Con ironía.*) ¿A quién va usted a llamar? ¿A los cuadros, como en las novelas de Georges Ohnet?

MART. Como en la vida. (*Pausa.*) Decididamente, es la serie negra. Tengo hoy una mano estupenda. (*Amargamente.*) ¡Ah, los amigos! En cuanto se encuentra una sola con ellos no falta ni uno.

JALLIG. Yo me explico a mi manera. La he deseado a usted un momento. No le ha parecido bien. A otra cosa y en paz.

MART. (*Con rabia y orgullo herido.*) Eso es una grosería.

JALLIG. ¿Qué lenguaje plebeyo habla usted para haber interpretado de esta manera mis palabras?

MART. ¿Qué lenguaje quiere usted que hable con quien me ofrece en el intervalo de cinco minutos dos irresistibles tentaciones: la de explotar a Barnac y la de engañarle con él?

JALLIG. (*Levantándose.*) No tolero esas palabras ni siquiera pronunciadas por la actriz más bonita y peor educada del mundo. (*Coge su sombrero y sus guantes.*)

- MART. ¿Qué tontería acaba usted de decir? Ahora me llama usted cómica. ¿Se creerá usted lo menos que es usted el Regente del Reino? (*Amistosa.*) Vea usted. Hènos aquí enredados estúpidamente por unas cuantas palabras de más. Vamos. Un poco de nobleza. Borrémoslas. ¿Quiere usted?
- JALLIG. No puede borrarse lo que quedó señalado.
- MART. ¡Oh!, si prefiere usted esta solución, por mí... ¿Qué le digo a Barnac de la consola?
- JALLIG. Que los Malloires la vendieron hace ya mucho tiempo, y que lo lamento profundamente. Adiós, señora.
- MART. Buenas tardes, caballero. (*Sale Jalligni.*)

ESCENA III

Marta y el Criado.

- MART. (*Mirándose al espejo y arreglándose el peinado.*) Qué bruto... me ha despeinado por completo. Y lo que es peor: me ha dejado en un estado de nervios imposible. (*Pausa. Después de un momento de vacilación se decide a llamar por teléfono.*) Central: tres mil doscientos ochenta y ocho. (*Pausa.*) ¿Es usted Maria? ¿Está el señor en casa? Que se ponga un momento al aparato. (*Pausa.*) Sí, soy yo. No, no pasa nada. Absolutamente nada. Telefoneo únicamente para desahogar los nervios. Acabo de recibir dos visitas destinadas a Barnac que me han fastidiado soberanamente. (*Pausa.*) Sí, estoy de ama de casa. Eran académicos. Me hubiera gustado darme un paseo, pero no puedo. He de esperarle hasta las siete. Se lo he prometido. Sí, después comeremos aquí. (*Pausa.*) Por cierto que se me ha olvidado el papel en casa y lo necesito con toda urgencia; es la función de pasado mañana. No me acuerdo ni siquiera de la primera palabra. ¿Llevarselos a Miss a su casa? No, no; prefiero que me lo

mandes inmediatamente. Déjasele, al pasar, a la portera. Subir, de ninguna manera. ¿Qué pasa, Aubin? Nada, hablo con el criado.

CRIA. Es un señor que viene a buscar un álbum de autógrafos que dejó el otro día para que lo firmara el señor.

MART. Sí, acabo de ver dos álbumes encima de la mesa. Pregúntele usted a ese señor, cómo es la cubierta del libro. *(Continúa la conversación.)* Subir, repito que de ninguna manera. No puede ser. ¿Una ocasión única? *(Pausa.)* Bueno. Nada más que dos minutos y le dices al criado que me traes mi papel. Nada de decir el nombre.

CRIA. El álbum tiene la cubierta marrón.

MART. ¿Marrón? Los dos la tienen casi del mismo color. Mire usted: dígame a ese señor que pase y que lo recoja él mismo. *(Hojeando el libro. Leyendo lo siguiente.)* "Yo no doy jamás autógrafos, porque escribo siempre a máquina." Esto es muy suyo.

ESCENA IV

Marta y el Jovenzuelo.

MART. *(En broma.)* Válgame el cielo. ¿Pero es posible que a una edad tan tierna se pueda ser coleccionista de autógrafos?

JOVEN. Estoy en primer año de leyes.

MART. ¿Qué está usted?

JOVEN. En primer año de leyes. Hace ya dos años que comencé este álbum.

MART. ¡Qué precocidad! ¿Cuál es el de usted: el grande o el pequeño?

JOVEN. Este, si usted me lo permite.

MART. *(Hojeándolo.)* ¡Ah! Pues tiene usted muchas firmas... ¡Hola! Y pensamientos muy profundos. El del señor Barnac lo es en alto grado.

JOVEN. ¿Y si yo me atreviera a pedirle a usted también su autógrafo?

- MART. Pero si no sabe usted quién soy. No se pide la firma más que a los personajes importantes.
- JOVEN. Y usted lo es. Le he reconocido a usted en seguida. Hasta he reconocido el auto verde de usted, que está abajo.
- MART. Qué enterados están ustedes los estudiantes de leyes. ¿Y se llama usted?
- JOVEN. D'Ablaincourt... Julián D'Ablaincourt.
- MART. Yo he conocido un Sergio D'Ablaincourt.
- JOVEN. Sí, es mi primo. (*Silencio.*) Yo la conozco a usted, señorita, desde hace muchísimo tiempo.
- MART. ¿Pues?
- JOVEN. ¡Oh! Seguramente usted no se acuerda. Una mañana del mes de abril del año pasado salía yo de la Facultad y me encontré con usted frente a una tienda. De pronto pasaron dos señoras, y una de ellas dijo, mirándome fijamente: "Qué hermosos ojos tiene este chico." Claro está, usted no se acuerda de eso.
- MART. Pues mire usted, si, tengo una idea. Me acuerdo de un joven a quien dije algo parecido y que se puso colorado. Pero ¿cómo sabe usted que era yo?
- JOVEN. Un amigo me dijo que era usted la señorita Dellières. Fui al teatro, tomé una localidad, vi la función, y, en efecto, pude comprobar que era usted.
- MART. Y desde entonces tiene usted el cuarto de la Facultad lleno de fotografías mías.
- JOVEN. No, si yo no estoy en la Facultad. Yo vivo con mis papás. La fotografía la tengo en la cartera. Mírela usted. Y conste que ésta no está preparada, porque no me pensaba encontrarla a usted aquí.
- MART. Muy bien, muy bien. (*Mirándole fijamente.*) Pues sí, no me había equivocado. Tiene usted muy hermosos ojos. Pero no se vaya a poner colorado como aquel día. (*Pausa.*) Tráigame usted el álbum: le voy a escribir algo.
- JOVEN. Muchas gracias, señorita; es usted demasiado amable.

- MART. A ver si se me ocurre algo. ¿Quiere usted un cigarro? (*El joven acepta el cigarro y lo guarda.*) ¿Pero es que prefiere usted fumarlo fuera?
- JOVEN. No; lo voy a guardar como recuerdo. (*Marta medita un momento, y viendo que nada se le ocurre, le dice lo siguiente:*)
- MART. Decididamente, no estoy inspirada. Mire usted: es mejor que lo deje para otro día. Venga usted a buscarlo el jueves a mi casa, calle de Courcelles, número cuarenta y dos. ¿Prefiere usted el jueves o el viernes?
- JOVEN. El día que usted quiera.
- MART. El jueves. ¿A qué hora?
- JOVEN. A la que usted prefiera.
- MART. A las seis.
- JOVEN. A las seis.
- MART. Bueno, y nada de darse importancia y contar a los amiguitos la historia, ¿eh?
- JOVEN. Esté usted tranquila; y hasta si usted se dignara recibirme por segunda vez... (*Se para ante la mirada de Marta.*)
- MART. (*Seria.*) A su edad de usted se es o extraordinariamente inteligente o soberanamente tonto.
- JOVEN. Yo soy extraordinariamente inteligente.
- MART. (*Riéndose con mucha gana.*) ¿Sí? Bueno, entonces hasta el jueves.
- JOVEN. Hasta el jueves, señorita. (*Vase.*)
- MART. ¡Qué chico éste! (*Pausa. Entra el Criado.*) Aubin, tenga usted la bondad de ir al boulevard San Germán y traiga de la confitería Perrier una libra de chocolate.
- CRIA. ¿Y si llaman a la puerta?
- MART. No se preocupe usted, yo saldré.
- CRIA. Está perfectamente, señorita.
- MART. (*Se dirige hacia la chaise-longue, se acomoda entre los almohadones y sigue fumando. Cierra los ojos y poco a poco va quedando dormida. Hay un silencio que dura bastante tiempo: de pronto aparece Sergill, sonríe al mirar a Marta, enciende una cerilla y pretende alumbrar el*

cigarro apagado que conserva ella. Marta despierta sobresaltada.)

ESCENA V

Maria y Sergyll.

- SERG. ¿Quieres fuego?
 MART. ¡Qué susto me has dado! ¿Por dónde has entrado?
 SERG. Seguramente que no ha sido por la ventana. Estate tranquila. Le he dicho al criado que traía un papel para ti. Me ha indicado el salón, he divisado la puerta abierta te he visto sola, con los ojos cerrados, apretando un cigarro apagado... El resto ya lo sabes.
 MART. Esta manera de entrar... Espera un momento hasta que yo me asegure si el criado ha bajado.
 SERG. No tengas miedo, vida mía. *(Intenta abrazarla.)*
 MART. Nada de imprudencias.
 SERG. Aquí tienes tu papel.
 MART. Bueno, muchas gracias. Me has prestado un gran servicio; ahora vete.
 SERG. ¡Oh! Por lo menos un segundo. Siquiera el tiempo de respirar.
 MART. No te puedes hacer idea cómo me desagrada que permanezcas en esta casa siquiera un segundo. Tu presencia me asusta, tu voz me horroriza. Es una imprudencia que hayas subido. Bastaba con que hubieras dejado el encargo a la portera.
 SERG. Pero si tú misma me has dado autorización... Además, tenía muchas ganas de conocer una tan grande parte de tu vida. Déjame lanzar una ojeada al retrato que te hizo Farmenge y me marcharé.
 MART. Sea. Mira lo que quieras. Sólo el tiempo de contar hasta diez.
 SERG. Muy bien. Está todo muy bien. Yo creí que la mesa de despacho estaba hacia la izquierda,

- MART. ¿Has acabado de hacer el inventario de la habitación?
- SERG. Déjame que contemple un momento todo esto, que es algo integrante de tu vida. Si yo hubiera querido hablar con Barnac sin que tú te enterases, hubiera podido hacerlo mil veces con cualquier pretexto. Y tú ni siquiera lo hubieras sabido.
- MART. He ahí una observación que merece que te despache.
- SERG. Marta, Marta mía, no me digas nada. Ya me voy.
- MART. Cállate, cállate. Esta familiaridad con que me hablas y la especial disposición de este cuarto contribuyen a darme la impresión de que esto es una aventura pasajera.
- SERG. Muchas gracias. No era necesario que me recordases una cosa que me la estás repitiendo constantemente. Estate tranquila. No creo que porque he subido hoy a esta casa por curiosidad esté dispuesto a trasponer el limitado campo de acción que me has asignado. No temas que viole el secreto.
- MART. ¡Oh! El secreto, el secreto... Es mi inquietud cotidiana. ¿De verdad, Sergyll, que tu boca no ha alardeado jamás de nuestros amores?
- SERG. Puedes estar segura, Martita, completamente segura.
- MART. Tengo miedo, tengo miedo. Y no por mí: por él, por él. La sola idea de que experimentase al saberlo un sufrimiento me desespera. Vamos a ver. ¿Cuando hablas con los actores de Gaumont y Pathé no salen a relucir las conquistas femeninas?
- SERG. No. El cine no es lo mismo que el teatro. En el teatro hay más intimidad. Ya sabes que mi deseo es llegar a ser actor de teatro; trabajar contigo; ¡cuántas ocasiones tendríamos entonces!...
- MART. Te ruego que no me vuelvas a hacer proposiciones de esta índole. ¿Te das cuenta de lo in-

digno y de lo poco noble que me propones?
¿Que yo te inmiscuyera en nuestra vida común?
No. La traición bajo esa forma sería todavía
más vil.

SERG. Permíteme que me ría. ¿Pero por dónde empieza en sí la traición?

MART. Comienza por mi cobardía. Pero no concluirá en la complicidad.

SERG. Acabas de expresarte, Marta, en un tono que agravia profundamente. No parece sino que lo que yo te propongo es algo monstruoso. Como si mi corazón y mi persona fueran cosas tan bajas y tan despreciables, que tú los honrases al aceptarlos.

MART. Si tú supieras, Sergyll, con qué desprecio, con qué disgusto de mí misma pago mis debilidades y mis flaquezas.

SERG. Pero ¿en tan poco tienes mi amor? (*Se acerca a ella mucho y le habla en voz baja.*) Conservo en el oído todavía los rumores de tu risa, de tus palabras rebosantes de dicha, cuando con tus brazos desnudos enlazados a mi cuello...

MART. (*Indignada y cogiendo un pisapapeles.*) Cállate o te tiro esto a la cabeza.

SERG. Sí. Tus noches felices bien valen tu remordimiento.

MART. ¿Pero tú insistes?

SERG. ¿Por qué no? ¿Por qué me has de tratar con ese desprecio? ¿Acaso no fuiste tú la que vino a buscarme?; entonces no te parecí, sin duda, tan vil y tan odioso...

MART. Calla, calla, te lo ruego. Bien sabes que te tomé como una cosa que me pareció bella... Como algo que entretiene un momento y se deja cuando ha llegado a fatigar. Tú eres para mí un objeto pasivo, ¿lo entiendes?

SERG. Sí. Estoy harto de oírlo. Todavía recuerdo que la última vez me decías: "El hombre joven es siempre algo interesante, mientras que el viejo es..."

MART. (*Cortándole la palabra.*) No pronuncies su nombre. No lo manches. No digas nada sobre ese hombre, ¿eh? Es sagrado. Te juro que si dices algo más te arrojó de mi vida para siempre. Puedes decir lo que quieras de mí. Yo lo acepto todo... Pero sábelo, por si no lo has comprendido todavía: este amor es para mí más que mi vida. Es mi orgullo, es mi veneración profunda, absoluta, es mi alma, es mi carne también.

SERG. (*Irónico.*) Y con todo, le engañas. A ver cómo arreglas eso.

MART. ¡Qué imbécil eres! Qué imbécil es el mundo y la sociedad, que creen que cuando una mujer, obedeciendo a la voz de su deseo, respondiendo al grito de la carne que ahoga las palpitaciones de su corazón, procura satisfacer un capricho, borra por completo largos años de inmensa y tierna afección. ¿Por qué no ha de ser posible cuando una mujer experimenta de vez en cuando la necesidad de sentirse estrechada por unos brazos jóvenes, besada por una boca de veinte años, como se experimenta la necesidad de sentirse acariciada por el sol de primavera y por la brisa de la tarde en el verano, corre a buscarlos? ¿Y a esto se le llama engañar? ¿Acaso ello me impide de querer a este hombre con pasión, de disfrutar de un placer material, de vivir perpetuamente cerca de él, de sentir hacia él una inmensa simpatía física y espiritual?... Es cierto que no he sabido sacrificar por él ciertas debilidades. Esto es cobarde, cobarde. Y, sin embargo, si este hombre me ordenara que para salvar su vida o su honor me arrojase por una ventana y me estrellase contra el suelo, no vacilaría ni un segundo en obedecerle. (*Se sienta en un sofá. Pausa larga.*)

SERG. Perdóname, Marta. He tenido un momento de impaciencia.

MART. Yo tengo la culpa de todo por haberte dejado que vinieras. Te aseguro que estoy arrepenti-

da de haberlo hecho en un momento de des-arreglo nervioso. Ahora he comprendido mejor que nunca que la distancia que nos separa al uno del otro es inmensa.

SERG. ¿Y no crees tú que algún día, a fuerza de paciencia, podré yo, corrigiendo mis defectos, franquearla y acercarme a ti definitivamente?

MART. *(Indiferente.)* No digas tonterías.

SERG. Has hecho bien en indicarme que procedía a la ligera, como un pícaro. Y yo no lo soy, ciertamente. Tengo también mi lado serio y grave. Me encuentro frente a un gran amor y no pretendo suprimirlo. Intento únicamente encontrar un rinconcito en tu corazón y acomodarme en él. No ambiciono más que eso.

MART. Bien sabes que eso es una locura.

SERG. Oyeme, Marta. No me desalientes. Déjame siquiera una pequeña ilusión. La amargura que experimento al sentir tu desprecio es todavía menor que la pena que me inspira el contemplar lo que sufres con tu remordimiento. Me voy a hacer todavía más humilde, más borroso, más anónimo en tu vida, si a cambio de ella tú me das un poco de cariño. *(Pausa.)* Ya sé que un buen día recibiré la despedida; ya que entonces habré dejado de existir en tu recuerdo. Pero permíteme hasta ese momento correr mi suerte y luchar hasta el fin. Jamás constituiré un obstáculo para ti. Por lo demás, estate tranquila, yo venero a este gran hombre. La primera vez que me lo presentaron me acuerdo que balbucí: ¡Maestro, maestro! Mientras el corazón se estremecía dolorosamente. Y tengo la seguridad de que si viniese ahora y reprochase mi conducta me arrojaría a sus pies de rodillas, diciendo: Perdón, perdón, maestro. *(Sueña el timbre del teléfono. Marta toma el receptor.)*

MART. ¿Quién es? ¿Eres tú? ¿Pero es posible? ¿Qué es lo que ha ocurrido? Una desgracia. Menos mal. Se ha caído al suelo la estatua. *(Se ríe.)*

Entonces ha sido cómico. ¿Y ha ocurrido mientras estaban ustedes presentes? ¿Entonces has podido tomar el tren de las dos? ¿Y por qué no has venido directamente? ¿Desde dónde telefoneas? ¿Desde casa de Legardier? ¿Desde la Biblioteca Mazarina? (*Asustada hace signos a Sergyll para que se vaya.*) Pues claro que estoy aquí. ¿No quedamos en que recibiría yo en tu lugar? ¿Vienes? Pues hasta ahora. Pronto, pronto, márchate. Estará aquí dentro de dos minutos. Telefona desde la Biblioteca Mazarina. Márchate.

SERG. ¿No ha habido, pues, inauguración?

MART. Un accidente estúpido... Una de esas cosas realmente inverosímiles que suceden en la vida. Vete ya, vete.

SERG. Lo que no me explico es que haya telefonado en vez de venir directamente.

MART. Se conoce que lo ha hecho para ver si había cumplido mi palabra. Vete por la calle Bonaparte, por la acera izquierda, para que no te vea. Un día de éstos te avisaré por medio de Miss.

SERG. ¿Sin falta?

MART. Sí.

ESCENA VI

Marta y el Criado.

MART. ¿No habrá dejado nada? No. (*Entra el Criado.*) Aubin, ¿hace mucho tiempo que ha subido usted?

CRIA. Hace un instante nada más. ¿Quiere la señora que prepare el te?

MART. En cuanto llegue el señor. Ponga usted ahí los pasteles. (*Se acerca a la ventana.*) ¿Será este taxi? No. ¿A ver éste? Tampoco. Ya está aquí. (*Cierra la ventana y se pone a tocar el piano. Entra Barnac.*)

ESCENA VII

Marta y Barnac.

- BARN. (*Entra sombrío y con la cabeza baja.*) Vaya una aventura, dirás tú.
- MART. ¡Pobre Pablo! ¡Estoy desolada! ¿Donde has almorzado?
- BARN. Pues en Melún con los demás.
- MART. Pero ¿qué es lo que ha sucedido?
- BARN. Ahora te lo contaré. ¿Qué es lo que hacías?
- MART. Estaba ensayando mi papel para la matinée de gala de la ópera cómica. No llego a aprendermelo. (*Más cariñosa que de costumbre.*) ¿Por qué no te quitas el abrigo?
- BARN. ¿Ha venido mucha gente? (*Va a su escritorio.*)
- MART. Han estado Carlos y ese estúpido de Jalligni.
- BARN. ¡Ah! ¿Han venido?
- MART. Naturalmente; como que les citaste.
- BARN. Es verdad. Ni me acordaba. (*Se sienta muy deprimido.*)
- MART. Tienes aspecto de estar cansadísimo.
- BARN. En efecto, lo estoy. Aprovechando un momento de inspiración, he trabajado mucho en el tren.
- MART. ¿De verdad? Eres prodigioso. ¡Qué hombre!
- BARN. He tomado el tren completamente solo. (*Sorpresa de Marta.*) He tenido la suerte de que no hubiera nadie en el compartimiento en donde me he metido. En las cuartillas que llevaba para preparar el discurso he escrito una escena de la obra: la del tercer acto. Aquella que no me salía y me tenía tan preocupado. La he rehecho por completo. Me ha resultado magistral y tu papel es magnífico.
- MART. Qué contenta estoy... Me la leerás en seguida.
- BARN. Inmediatamente, si lo quieres.
- MART. No, antes descansa un poco. Procedamos con orden. Cuéntame lo ocurrido en Melún.
- BARN. Lo de Melún es una estupidez; ni me lo recuerdes siquiera. Primero vamos a leer la escena. Estoy todavía con el fuego de la inspiración.

- MART. Muy bien. ¿Pero no quieres antes un poco de te? Te he preparado unas mazas; verás qué ricas.
- BARN. No. No quiero distraerme ni un momento. Ardo en deseos de darte a conocer la escena.
- MART. Y yo también. Nada me apasiona más. Escucho.
- BARN. Antes vamos a hacer un poco de mise en scène. Aquí una butaca. Más lejos, la chaise-longue. Yo te iré pasando las cuartillas e irás leyendo tu papel.
- MART. ¿Y tú, cómo te las vas a arreglar?
- BARN. Yo me acuerdo bien del texto; y, además, el hombre no dice casi nada.
- MART. Pero voy a leer muy mal. Te lo advierto.
- BARN. No importa.
- MART. No voy a poder darle entonación.
- BARN. Sí se la darás muy bien. Aquí tienes tu primera cuartilla. Vamos a pasar la entrada porque está un poco confusa. Empecemos, pues.
- MART. Tú entras.
- BARN. Intento abrazarte.
- MART. ¿Yo estoy en la chaise-longue?
- BARN. Tú te levantas.
- MART. (*Leyendo.*) “No te puedes hacer idea cómo me desagrada que permanezcas en esta casa siquiera un segundo. Tu presencia me asusta, tu voz de horroriza; es una imprudencia...” (*Se para.*)
- BARN. Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué no sigues?
- MART. (*Continúa leyendo.*) “Es una imprudencia que hayas subido. Bastaba con que hubieras dejado el encargo a la portera.” (*Vuelve a pararse, aterrada.*)
- BARN. “Pero si tú misma me has dado autorización.”
- MART. Pero ¿por qué no me apuntas?
- MART. (*Leyendo desconcertada.*) “Además, tenía muchas ganas de conocer el lugar donde pasas una gran parte de tu vida.” (*Esta vez Marta no puede ya seguir. Permanece muda. Muerta de espanto.*)

- BADN. Pero ¿qué te ocurre, mujer? ¿Es que no te gusta la escena?
- MART. Sí, sí. (*Está pálida y tiene la expresión angustiosa.*)
- BARN. Decididamente, Marta, no has entrado en el papel... ¿No comprendes la escena? Mujer, si es tan bella, tan patética, tan interesante... Además, hay algo que la hace terriblemente real y humana y que te voy a contar para acabar de orientarte. Escucha. Se supone que anteriormente el amante titular, el protector, abrigaba sospechas... Un amigo le ha prevenido de la traición. Como buen comediógrafo que es, inmediatamente ha organizado una pequeña combinación teatral; ha preparado su tinglado y su tramoya. Recursos de la profesión. Dos taquígrafas colocadas detrás de una puerta van tomando todo lo que oyen. Una garraatea; la otra traduce lo taquígrafado. (*Marta queda anonadada.*) Ya ves que la cosa no tiene gran malicia. Ha maquinado esta infantil estratagema para ocultar en la sombra el espionaje, la mezquina vigilancia, de lo que se avergüenza ya. Está tan seguro de que las cuartillas van a mostrarle la prueba palmaria e irrefutable de la inocencia de su amada. Tiene tal confianza en ella...
- MART. (*Desfallecida.*) ¿Pero es que...?
- BARN. (*Secamente.*) Déjame, no me interrumpas; te lo ruego. Mientras tanto, a la hora fijada, deambula por París con el corazón un poco sobrecogido por la emoción. De repente piensa: "¿Qué ocurrirá allí?" ¡Es tan estúpido todo lo que ha maquinado! ¡Qué ridículo truco de vaudeville! Decide volver a su casa. Mete la llave en la cerradura de la puerta. Sube. Penetra en el cuartito donde trabajan las taquígrafas. Las saluda. Recoge las cuartillas ya traducidas. En esto llega a la pieza rumor de voces. Una de ellas, la de hombre, le es completamente desconocida. Comienza a leer. De pronto, una pa-

labra, una sola palabra, le deja sin respiración. La sangre se le hiela en las venas. ¡Qué horrible instante! En un segundo lo ha comprendido todo: el pasado y el presente.

MART. Pablo, ¿tú has...?

BARN. ¡Ah, miserable!... ¿Comienzas a comprender lo que puede dar de sí esta escena muda? ¿Te la representas en la imaginación? El hombre escondido detrás de la cortina siente desesperados deseos de precipitarse por la escalera. ¡Ah!, pero todavía hay algo más terrible. Esta vez es la voz del ser adorado; es la voz de la mujer amada que dice cosas que desgarran el alma. Es el grito de piedad; el lamento de sincera y afectuosa compasión; el triste, tierno y desolado cariño respetuoso hacia el anciano. Esto, esto es lo más espantoso; lo más amargo de todo... La piedad hacia el pobre viejo. No quiere escuchar más el abominable diálogo. Sale loco de dolor... Atropella a los transeúntes. Anda, anda sin rumbo, como un perturbado. Diez minutos después está de regreso. Antes ha telefoneado para dar tiempo al intruso a que desaparezca. Y está aquí, solo con ella; frente a ella, preguntándose si no ha llegado el momento de vengarse fría y bárbaramente de tanta infamia. ¿Has comprendido ahora todo el horror y la tristeza de la escena? Responde, responde, mala mujer; responde, mala pécora... *(La agarra del cuello como para ahogarla y la derriba en tierra. Ella lanza un agudo grito y él la suelta. Silencio palpitante.)*

MART. *(Anonadada.)* ¿Es necesario que me vaya?

BARN. ¿Conque eso es todo lo que se te ocurre contestar? Arrojada la careta, recuperas tu serenidad... Es admirable. Me dejas que hable sin interrumpirme para conocer hasta qué extremo he levantado el velo que cubría tanta vergüenza. Resignada y juzgando la partida perdida, fríamente recoges los naipes y te retiras... Ni una palabra de explicación.

- MART. ¿De explicación? Cuando la vida se desploma sobre mí; cuando todo se me viene encima; cuando estoy aquí como el que va a morir; cuando oigo tu desgarrador grito de angustia sobre mi cabeza, ¿qué quieres que explique? Sufro tan horriblemente que ni me doy cuenta de ello. Es la sangre fría de las grandes catástrofes. Exactamente como si se cayera uno al fondo del mar y pensará: "Se acabó todo."
- BARN. No se acabó, no. No se acabó. Ahora me toca a mí. *(Con el puño cerrado, lívido de furor.)*
- MART. *(Mirándole con una desolación sin límites.)* ¿Cómo debes sufrir, amor mío! Y soy yo, yo, la mujer que tanto te adora, la que te ha envenenado la vida para siempre.
- BARN. ¡Ah! ¿Pero todavía me compadeces? Tienes un cinismo que aterras. ¿Te das cuenta que eres una criatura desnaturalizada, un ser depravado sin precedentes? No comprendo una sola palabra, te lo aseguro. Tengo miedo. Un miedo horrible de levantar todo el velo, porque estoy seguro de ir descubriendo más fango. ¡Me espantas, me espantas! Primero, esa indignación con Jalligny. Después, esa cita clandestina con un desconocido. Después... ¡Qué misterio el de tus bajos apetitos y de tus astucias combinadas!... ¡Pero, habla! ¡Expílicate antes de desaparecer para siempre de aquí! ¡Qué me importa tu enigma! *(La sujeta de las dos muñecas.)*
- MART. Luego, Pablo, luego lo sabrás todo. Si no te vuelvo a ver, tendrás una confesión escrita.
- BARN. Ahora. Ahora mismo. *(La arroja sobre una butaca.)*
- MART. Ahora no, Pablo... Sufrimos demasiado... Es horrible... La herida está demasiado reciente. No podrás soportar la verdad.
- BARN. La verdad. Eso es lo que quiero saber. La verdad antes de la separación. Admitiendo que de esos labios que lo manchan todo, pueda salir.

Habla, miserable mujerzuela. (*La escucha ávido y terrible.*)

MART. Antes de nada, óyelo... Sí, óyelo. Hay una cosa de la que no puedes dudar; que no tienes derecho a dudar... y es que te quiero con locura, como nunca he querido en la vida. (*Barnac ríe amargamente.*) Sí, sí; contra todo, a pesar de todo, es cierto. Te lo juro por la memoria de mi madre que es cierto; nada me ligaba a ti, ni siquiera el interés. Nada si no era el placer de amarte... Amaba todo en nuestro amor: tu ingenio, nuestras alegrías, nuestra vida especial...

BARN. (*Indignado.*) Deja esto...

MART. Nuestra manera de comprender las cosas, de apreciar las personas, de estudiar los tipos, las conversaciones de los demás, el cotidiano espectáculo...

BARN. Y si todo eso es verdad, ¿por qué, desgraciada, esta vida doble?

MART. ¡Ah, Pablo! No te equivocabas hace un instante. Escucha la verdad, soy un monstruo. (*Lo dice en tal forma, que Barnac no puede reprimir un gesto de asombro.*) Sí, soy un monstruo repugnante, repugnante y abyecto. Soy la mujer que tiene sentidos. He ahí todo. ¿Qué miseria, verdad? Pues eso soy yo. La mujer despreciada y despreciable, que cede al latigazo de la lujuria; que sucumbe ante el grito de la carne; que se enfanga en la ciénaga del vicio. Y a pesar de ello, te quiero, ¿lo oyes?, te quiero... ¿Cómo te lo podría hacer comprender? ¿De qué palabras me valdría yo para persuadirte plenamente de la enorme sinceridad de lo que te digo? A mi edad no se puede rehacer la vida, los deseos, las costumbres... Tú, que eres un gran espíritu, que has buceado en lo más profundo del corazón humano, debías de comprenderlo, antes de haberme arrojado con asco y repulsión. Y si tú no lo hubieras entendido así, si no lo sospechabas, ¿por que me habías tomado

una guardiana que me siguiera a todas partes y vigilara mis pasos? Sí, sí, desconfiabas. Claro, tú eres demasiado noble, demasiado grande, demasiado espíritu... Estás demasiado alto para comprender estas cosas que nos ocurren a nosotros, los mezquinos humanos, que nos revolvemos entre el barro y la basura de la materia. A mí también me repugnaban estas bajezas, y por eso mi alegría era tan grande. Creía que, amparada por este amor tan grande que siento por ti, estas indignidades iban a terminar para siempre; este amor mío, junto al cual, mi arte, mi profesión, mis triunfos, mi vida, nada valen, nada significan.

BARN. ¿Cómo describir más tristemente el abismo que separa a dos seres, uno de ellos joven, sano y fuerte, y el otro rayando en la ancianidad?

MART. ¿Te acuerdas de hace dos años, en Chatel, cuando dábamos paseos por el monte y jugábamos al golf y al tennis? ¿Te acuerdas de aquel muchacho argentino tan guapo, que vivía en el hotel? Una tarde, estúpidamente...

BARN. No sigas, no sigas. Es inmundo. Me asqueas, me asqueas...

MART. Sí, quiero que lo sepas todo. Una tarde me entregué a él. Me entregué a él porque era un anónimo; un desconocido, como han sido todos mis amantes. Nunca he querido que el corazón tuviese la menor participación en estos caprichos, y por eso mis devaneos no dejaron rastros. Nunca he querido que fueran personas de tu conocimiento y amistad, para no añadir la burla a la afrenta. Por eso has visto que me he revuelto furiosa contra los que, gozando de tu amistad, se atrevían a requerirme, y en cambio, has apreciado que no he retrocedido ante la perspectiva de satisfacer un capricho oscuro, un placer inferior. Pero, a pesar de todo, te quiero, Pablo, te quiero. Yo, que jamás hubiera deseado causarte el menor daño, te he infe-

ruido un inmenso dolor... Soy un monstruo, soy un monstruo... (*Llora desesperada.*)

BARN. (*Más tranquilo.*) Ahora sí, ahora sí eres sincera. Tal vez te acusas con demasiada severidad; te crees más culpable de lo que eres. Porque, al fin y al cabo, hay una triste realidad que atenúa tu conducta; y esta realidad amarga y desoladora es que te llevo treinta años, es que soy un viejo agotado, y tú eres una mujer joven y llena de vida. Y todo lo que digas de nuevo sobre tu preocupación constante de suprimir toda manifestación de amor; de desligar el amor de tus caprichos procurando satisfacerlos fuera de mí, aun con desagrado de ti misma y contra ti misma, todo ello contribuye a aumentar más mi sufrimiento. Sí. Porque, óyelo bien: yo te quería sólo en amante, sabes? Yo te quería sola para mí. Quería ser el único que disfrutara de tus caricias. El único dueño de tu vida. El único que tuviera derecho a golpearte como te golpeo ahora, mala mujer, perdida, infame. (*La golpea violentamente.*)

MART. Amor mío, amor mío...

BARN. Y ahora, fuera, fuera de aquí. Ni un momento más en esta casa.

MART. Amor mío, amor mío. Te adoro no sabes hasta qué punto. Tú verás si, a fuerza de amor, yo te haré olvidar estas horribles cosas. Nunca más tendrás que reprocharme nada. He sido egoísta y miserable, me doy cuenta; pero verás cómo nuestro amor puede renacer todavía.

BARN. Nuestro amor. No pronuncies esa palabra. Tú has matado nuestro amor inicuaamente.

MART. No es cierto. Vive. Está intacto en el fondo de todas estas miserias.

BARN. No, lo has matado. Y no has matado sólo el amor: has matado también la alegría del amor. Esto es lo horrible. El perdón entre dos seres jóvenes el más fácil. Tienen toda la vida por delante para desquitarse. Si yo me encontrase

frente a un caso claro de traición, si tuviera que luchar con amor rival que te hubiera arrasado, posible es que tuviera arranques para reconquistarte; lucharía, por lo menos. Sería vencedor o vencido. Siempre el sabor de la lucha habría de atenuar algo mi intenso dolor. Pero ahora...

MART. Pues bien, lo que ahora tienes que perdonar no es mil veces menos grave.

BARN. No. Tú encuentras una atenuación en el hecho de que tu corazón no ha participado de tus liviandades. ¿Pero no comprendes que con esa vergonzosa vida doble has envenenado mi vida, has envenenado el recuerdo de todas mis horas dichosas? Ya no hay un instante de nuestro pasado que no aparezca podrido, sellado con el estigma impuro de tu inconfesable duplicidad. ¿Te das cuenta del execrable crimen que has cometido? Aunque lo intentara, sería ya imposible el volverte a querer como antes te quería. Sí, imposible. Porque, ¿qué hay de más hermoso, de más dulce, de más profundo en el amor, si no es esa identificación mutua, esa reciprocidad sentimental, esa fusión de dos espiritualidades en una sola; esa confianza en la mirada y en la voz; ese placer de estar siempre juntos, de reír, de pasearse, de vivir?... Y tú has matado todo eso.

MART. Calla, calla.

BARN. El amor no lo constituyen sólo los grandes sentimientos, las tempestades pasionales, los fuertes tumultos del corazón. Es más simple que todo eso. Es la alegría de ir juntos en un coche, y decir a la persona amada: cierra el cristal, mi vida, te puedes enfriar. Un detalle, un gesto, nada. Ese es el amor. El amor que nunca más retornará.

MART. Perdón, perdón. Cómo sufres. Yo te haré olvidar, Pablo mío, todo eso.

BARN. Imposible.

- MART. Sí. Yo te rodearé de tanta ternura; yo haré tales cosas, que tú me perdonarás.
- BARN. Todo acabó. Basta.
- MART. ¿Pero qué será de nosotros, Pablo? ¿Qué haremos el uno sin el otro? Yo no podré vivir sin ti. Yo merezco todos los castigos, todos los tormentos, pero no la separación. Esto es superior a mis fuerzas. No lo podré resistir. Me moriré de pena. Perdóname, perdóname.
- BARN. Nunca. Has hecho el perdón imposible. Me has humillado, me has ridiculizado innoblemente. ¿Por qué has hecho esto? Yo te quería tanto... Tu perfume. ¡Qué abominable es el aspirarlo ahora!
- MART. (*Queriendo abrazarlo.*) ¡Pablo! ¡Pablo!
- BARN. Déjame. Me ahogas.
- MART. No soy yo. Es tu corazón el que se ahoga, el que se debilita. Tú sabes que nada puede separarnos. (*Llaman a la puerta.*)
- BARN. Adelante.
- MART. (*Sorprendida.*) ¿Estás loco? No, no. Que no entre ahora nadie, por Dios.
- BARN. Adelante. (*Entra el Criado con una carta.*) Gracias. (*Vase el Criado.*) Es una carta, una carta que yo mismo me he dirigido, que acabo de escribirme en casa de Legardier.
- MART. ¿Una carta? ¿Qué significa esto?
- BARN. Tenía tal seguridad de que ibas a arrollarme, a envolverme con tus palabras... Me asustaba de tal modo mi debilidad, que antes de venir aquí he corrido a casa de Legardier, desde donde he telefoneado.
- MART. ¿Y qué has hecho?
- BARN. He acudido a mis amigos, y les he citado. "Venid, amigos míos, les dije. Salvadme. Arrancadme de los brazos de la sirena. Venid dentro de media hora a mi casa y haced que me entreguen esta carta." Después he escrito estas cuatro líneas. (*Lee.*) "Valor. No oigas a esta mujer. Toda su vida contigo ha sido una mentira. Te ha traicionado. Te ha escarnecido. Ha man-

chado tu nombre. Arrójala. Sálvate o no eres digno de ser hombre.” (*Con gran violencia.*) Y ahora te arrojó. Fuera, fuera para siempre. Estoy salvado. (*Va a la puerta y la abre. Llama con un gesto a Legardier y a Genius.*)

ESCENA X

Dichos, *Genius* y *Legardier*.

- MART. ¡Pablo, escúchame!
- BARN. Genius, te pido perdón por haber dudado de ti ayer.
- MART. (*Con un gesto de rabia.*) Es usted, Genius, es usted el que ha dado la puñalada... Bravo. He aquí los amigos del alma.
- GENI. Créame usted, señora. Ayer, cuando me pidió el nombre del que le engañaba, un nombre que yo conocía, le lancé sobre una pista falsa para entorpecer sus pesquisas.
- MART. Y es usted, Genius; usted, que me perseguía por los bastidores de los teatros; usted, el amigo profesional, es estupendo.
- GENI. No escuches estos ultrajes, Barnac. La amistad no traiciona como el amor.
- MART. Verás su obra cuando te quedes solo. Verás lo que hacen todos estos que viven de tu fama y tu influencia.
- BARN. Me ayudan a salvarme solamente.
- MART. (*Aniquilada.*) Estate tranquilo. No pienso luchar contra ellos. Me dejo condenar sin la menor protesta.
- GENI. ¿Por qué hemos de condenarla? No somos jueces, señora. Su único delito, a nuestros ojos, es el haberlo escogido. Vemos solamente dos seres que sufren, y nos limitamos a aconsejarles que se separen, para que cesen de sufrir.
- MART. Si no han sido testigos de nuestra vida, ¿para qué se mezclan en nuestros asuntos? Oyeme, Pablo. Contéstame. Si ha llegado la hora de marcharme, dímelo; pero dímelo tú.

- LEGAR. Valor, amigo mío, valor. Sobreponete a tu dolor. Es el precio de la definitiva liberación.
- GENI. Sí, Barnac, no son vanas palabras. Basta de esta vida, que no es digna de tu edad ni de tu rango.
- LEGAR. Piensa en que hay más altas razones para existir. Piensa en tu obra y en tu nombre.
- BARN. No teman, amigos míos. Verán ustedes quién soy.
- MART. ¡Ah! Qué bien guardado estás ahora. Pues bien; ya no lucho más. Me marchó. Me marchó, puesto que tú lo quieres. Si crees que ello va a constituir tu felicidad. Me voy por ti, solamente por ti. Me alejo sin luchar. Si yo luchara, si yo quisiera, a pesar de ello te tendría otra vez. Pero no quiero.
- GENI. (*En voz baja a Barnac.*) Por Dios, no oigas, te lo suplico.
- MART. (*Llorando con desesperación.*) Ya me marchó. Me voy para siempre. Adiós, mi vida, mi amor... (*Barnac permanece inmóvil y digno.*) Adiós... ¿No me dices adiós? ¿Por qué apartas los ojos; acaso no nos despedimos para siempre? Adiós. Olvídame lo antes posible, y no dejes de cuidarte... Adiós... Me alejo poco a poco... Cuando se ha querido tanto, no puede una irse de repente. Acuérdate de que he sido mala, pero también de que te he querido mucho; de que te he querido con cariño inmenso, con ternura infinita. Ya me marchó. (*Con enorme desesperación.*) Adiós. (*Vase.*)
- BARN. (*Dando rienda suelta al llanto. En una gran explosión de dolor.*) Amigos míos, no me dejéis solo. Sufro mucho, sufro mucho, sufro mucho.

TELÓN

ACTO TERCERO

Gabinete de Barnac, puesto a la última moda; hay un sofá que sirve de lecho. Sus gestos parecen no plegarse a las exigencias del decorado.

ESCENA I

Barnac, Genius, Guerin, Mabella (una rubita ingenua).

GUER. Pues, mi querido Barnac: me han enviado un vino riquísimo. Mañana te regalaré unas cuantas botellas.

BARN. Muchas gracias, amigo Guerin. Este dichoso catarro me obliga a no tomar esta temporada más que agua mineral y un poco de Looch.

MABE. ¿Looch? Creo que conozco esta palabra. ¿Es inglesa, verdad?

BARN. Probablemente, lo que tú habrás oído es lock-out..., que no es precisamente lo mismo. Lo que yo digo es una especie de leche de almendras. Mi barman se apellida Leclerq, y es farmacéutico.

GUER. Deja todas esas indecentes drogas. Una botella de Chablis te producirá mejor provecho.

GENI. Es que nuestro querido Barnac hace ya más de un año que ha variado de gusto. Ahora está sumido en lecturas sumamente profundas.

GUER. (*Leyendo algunos libros.*) "La crítica de la razón pura." "El imperativo categórico." ¿Estos son los remedios que tienes para el catarro?

BARN. (*Riéndose.*) Estoy preparando una comedia a base del Imperativo Categórico.

GUER. El caso es que con todo esto, tiene usted el teatro abandonado. Y es una lástima. Debe usted estrenar algo muy pronto.

BARN. Tengo arrinconado en un cajón, desde hace dos años, un manuscrito sin terminar.

MABE. ¿Cuándo lo dará usted a conocer, maestro?

BARN. No sé cuándo me resolveré a hacerlo, hija mía. Están tan lejanas estas preocupaciones.

- MABE. Cuando se tiene su talento, maestro.
- GENI. Es lo que no ceso yo de repetirle. Todo París espera su obra. No se concibe un invierno parisién que no haya sido aromado por el esprit de Barnac.
- BARN. Estoy ya muy viejo, amigo mío.
- GUER. ¿Tú? Qué vas a estar viejo... Nos enterrarás a todos.
- BARN. (*Tose.*) ¿Me quiere usted echar un poco de Looch en la taza?
- MABE. Con muchísimo gusto.
- BARN. Servido por esas manitas me será más agradable. "Es odor di femina."
- GUER. ¿Son las cinco ya? ¡Cómo acortar los días en diciembre. Voy a encender la luz. (*Lo hace.*)
- BARN. ¿No te molestarás, monina, porque te haya recibido en mi cuarto?
- MABE. Maestro, estoy encantada.
- BARN. A pesar de que en mi gabinete de trabajo se está muy bien, prefiero recibir a la gente en este cuarto, porque del otro tengo tristísimos recuerdos.
- GUER. Está puesto con mucho gusto este cuarto.
- MABE. A primera vista, no parece la habitación de un gran autor dramático. Más bien parece el buidoir de una mujer. Hay un perfume tan penetrante.
- BARN. ¿De verdad? Pues, indudablemente, es un perfume ya pasado de moda, que se llama "Un soir viendra", que ha quedado impregnado en las paredes como la esencia de un recuerdo marchito.
- MABE. ¿Dónde lo compraba usted? ¿En casa de Verlet?
- BARN. No. Me parece que lo solía comprar en casa de Harrison.
- GUER. Bueno, niña. Ya puedes empezar a recitarle al maestro la escena que te has aprendido.
- MABE. ¡Oh!, no me atrevo... Estoy muy azorada... Cuando miro al señor Barnac, se me seca la saliva en la garganta.

- BARN. No tengas miedo, no me como a los niños crudos. ¿Qué es lo que vas a recitar?
- MABE. He traído Angela y Totó.
- BARN. Anda, pues, empieza. Yo haré de Totó.
- MABE. Me he permitido darle a la escena algunos cortes. ¿Tiene usted un lápiz, para que los señale?
- BARN. Guerin, dele usted a esta niña todo lo necesario para que escriba. (*Guerin y Mabella van hacia la mesa.*)
- GENI. Bueno, mi querido Barnac, ¿qué ha habido de bueno en estos quince días que no nos hemos visto?
- BARN. Sigo con la horrible melancolía de siempre. Y esto después de dos años de continuadas lecturas, de constante regularidad en el trabajo del diccionario. Y vosotros habéis sido tan buenos, tan atentos, tan cariñosos conmigo... Ahí tienes a Guerin, empeñado en que acepte su solución moral: la mujercita, la esposa... Cuando le oigo esto, me sonrío y le dejo hablar; pero...
- GENI. ¿Y Juana Marel?
- BARN. Sí, no está mal. Es una mujer encantadora, muy siglo XVIII, a quien su puesto en la Comedia Francesa le permite ser tan letrada y culta como madame Aissé. Viene de vez en cuando y me entretiene un rato con su charla amena y femenina. Odor de femina...
- GENI. Vamos... ¿Pero hay algo entre los dos?
- BARN. Indiscreto... Es tan poco...
- GENI. ¿Y por qué no haces lo que siempre te he dicho? Cásate.
- BARN. El matrimonio sin los hijos... No. Un hombre, después de los cuarenta y ocho años no tiene derecho a casarse.
- GENI. Después de todo, nunca te han gustado los niños.
- BARN. Te equivocas. Dos me han gustado muchísimo.
- GENI. Por extensión... A causa de la madre.
- BARN. No sólo por eso. Eran unos niños tan simpáticos; siempre tan alegres.
- GUER. ¿Qué dice?

- GENI. Que no le gustan los niños que lloran.
GUER. Lo mismo opino yo. En el piso de arriba donde yo vivo hay tres críos que me tienen harta. Que algarabía.
- BARN. No es la algarabía la que me molesta. Lo que me molesta en los niños es que por cosas tan útiles profanan esta cosa tan divina: las lágrimas.
- GUER. ¿De verdad encuentra usted tan divinamente húmeda la secreción de las lágrimas?
- GENI. ¿Y las aprecias?
- BARN. Sí, como la música. Son consuelos que llegarían a cansarnos si fueran demasiado prolongadas; pero de tiempo en tiempo, una hora de música, diez minutos de lágrimas, constituyen excelente terapéutica. Mas no hay que abusar mucho.
- GUER. Si me dan a elegir entre los dos males, opto por la música. Comprendo muy bien que hayas mandado colocar en tu habitación esta comunicación telefónica con la Opera Cómica.
- BARN. ¡Ah! Excelente idea. Todas las tardes, sentado cerca de la chimenea, escucho a los mejores cantantes de París.
- MABE. (*Trayendo un cuaderno.*) Ya están hechas las acotaciones.
- BARN. Vamos, pues.
- MABE. He suprimido la escena octava. Desde aquí...
- BARN. Vaya, empieza.
- MABE. Vengo de parte de mi papá para comprar dos toneles... No. No puedo seguir. Se me seca la garganta.
- BARN. ¿Pero soy yo el que te intimida?
- MABE. No. Ahora son ellos.
- GUER. Quién iba a decir que iba a llegar un día en que yo intimidase a las mujeres.
- BARN. Mira, vamos a mi despacho. Allí podrás declamar con toda libertad. (*Vanse.*)

ESCENA II

Genius y Guerin.

- GENI. Eres la abnegación en persona, mi querido Guerin. No sólo le distraes con tu compañía, sino que procuras traerle muchachitas tiernas que le hagan olvidar sus penas.
- GUER. Te advierto que estoy al corriente de todas sus interioridades. Nada de su vida se me oculta. ¿Qué opinas tú de Juana Morel, la actriz del teatro de la Comedia Francesa? ¿Crees que durará mucho?
- GENI. Juana Morel ha sido una mujer muy aficionada a enamorarse de los grandes hombres, sin que le preocupe la edad de éstos.
- GUER. Sí, pero no le distraerá como le distraía la Dellières. Esta mujer le divertía extraordinariamente. Había que verlos jugando como dos chiquillos.
- GENI. Y a propósito... ¿Qué fué de la Dellières y de su amigo? ¿Es verdad que la Sociedad de Autores piensa perseguirle judicialmente?
- GUER. Sí, en efecto. La comisión decidió ayer mostrarse parte en el asunto de Benoitier y mandarle a ese ciudadano una comunicación en papel sellado.
- GENI. ¿De modo, que entonces su suerte está en manos de Barnac? Son extraordinarias las sorpresas que nos reserva el destino.
- GUER. Cállate... No hables alto. Yo le he ocultado la cosa. No quiero hablarle de nada que se relacione con sus pasados amores.
- GENI. Cuéntame el asunto con detalles.
- GUER. Hay dos partes. Primera: que la Sociedad no puede perseguirle en su nombre... (*Entra la señorita Morel.*)

ESCENA III

Los mismos y la señorita *Morel*.

- MOREL. (*Entra.*) Buenas tardes, Guerin... Hola, Genius. ¿Dónde está Racine?
- GUER. En su despacho. Está dando una audición a una jovencita. Voy a buscarlo.
- MOREL. Le suplico a usted que no le moleste. Me voy a marchar en seguida y volveré muy pronto. Tengo que ir al teatro francés. El administrador me ha mandado llamar. No he querido pasar por delante de su casa sin preguntar cómo está.
- GUER. Está mejor. Se queja menos de su catarro.
- MOREL. Vean ustedes. Le traigo violetas. (*Las deja encima de la mesa.*)
- GENI. (*A Guerin.*) Cuanto más reflexiono, encuentro lo que me has contado más moral y más ridículo.
- MOREL. ¿De qué hablan ustedes, puedo saberlo?
- GENI. ¿Pero no lo sabe usted? Estamos comentando el asunto Sergyll.
- MOREL. ¡Ah, sí! Me lo han contado.
- GENI. La Sociedad de Autores intenta llevarle a los tribunales.
- MOREL. ¿Es cierto? Estoy encantada.
- GENI. Y nosotros también. Sobre todo porque ello mortificará a una persona que yo sé.
- GUER. Silencio. Que viene aquí. (*Entran Barnac y Mabella.*)

ESCENA IV

Dichos, *Barnac* y *Mabella*.

- BARN. Al dejarlos eran dos y al volver me encuentro con que son tres. Ni más ni menos que una feliz pareja amorosa. (*La Morel le besa la mano.*) Se han cambiado los papeles. Es ella la que me besa ahora la mano.
- MOREL. Es la devoción que todos te debemos.

- BARN. Casi se me figura que soy Monseñor de Cabriac. Dios bendiga a la joven feligresa.
- MOREL. He venido a ver cómo estabas. Estaré de regreso dentro de diez minutos.
- GUER. ¿Y la joven artista?
- BARN. ¡Oh, maravillosa!
- MABE. Gracias, maestro. Cuánto le agradezco el elogio.

ESCENA V

Dichos y *Legardier*.

- LEGAR. ¿Qué, hemos enterrado ya el catarro, querido Barnac?
- BARN. Llegas cuando ha terminado el entierro.
- MOREL. Que sea enhorabuena, señor Legardier. Su novela, que publica la "Revista de París", es muy interesante.
- LEGAR. Muy reconocido.
- MABE. Maestro, yo le dejo a usted.
- BARN. Encantado de tu visita, y más encantado todavía de tu recitación.
- GENI. ¿Quiere usted llevarme, señorita Morel?
- MOREL. Con mucho gusto, Genius. En el camino le contaré a usted los detalles del proceso. Bueno, hasta dentro de un momento, querido Racine. *(Entra el Criado con un libro y una carta.)*
- CRIA. Un libro de parte de Monseñor de Cabriac.
- BARN. Démelo. *(Vanse todos, menos Barnac y Legardier.)*

ESCENA VI

Barnac y Legardier.

- BARN. Caramba... ¿Tanto he descendido?
- LEGAR. ¿Por qué lo dices?
- BARN. Porque acabo de recibir un recuerdo de Monseñor de Cabriac, y quedamos en que cuando él oyera decir por ahí: "Este pobre Barnac ha dado un gran bajón", me haría una visita o me

mandaría un recordatorio. Y se trata nada menos que de una admirable edición de Pascal, con esta dedicatoria: "Un soir viendra". Dime francamente, Legardier, ¿a ti te parece que yo he descendido tanto?

LEGAR. Quita de ahí, hombre... Se trata de una amable lisonja académica. Prefiere enviarte un tomo de Pascal para curar tu catarro, mejor que un frasco de agua de Lourdes. Tu salud nunca ha sido más robusta que ahora. Y respecto a tu robustez y agilidad espirituales, nada hay que decir. Todo lo lees... Todo lo penetras... Tu espíritu está cada vez más ligero, más joven... De tu meditación sale un hombre nuevo, reconfortado y más brillante que nunca.

BARN. Es decir, que cerca ya de los sesenta años, casi puede decirse que estoy haciendo mis estudios juveniles; cuando a mi edad, los hombres de letras hacen que sus secretarios les lean, inclusive, el periódico.

LEGAR. Hay que subir hasta la cumbre; hasta los altos picos de donde se divisa un espléndido panorama.

BARN. Yo no soy un alpinista... Luego sucede, que cuando uno es joven, a las ideas se les tiene afecto por ellas mismas. Ocurre como con las mujeres que todavía no han tenido el tiempo de traicionarnos..., y llega una edad en que difícilmente se les perdona de que no hayan sabido proporcionarle a uno la dicha.

LEGAR. Si ellas saben conducirte a la verdad, ya es algo.

BARN. Querido Legardier: cuando yo haya adquirido la absoluta certeza de que en Física soy Cartesiano, en Biología Lamarckiano, en Moral Estoico, en Pedagogía Spenceriano; es decir, cuando me encuentre perfectamente convencido de que poseo la verdad en todos los órdenes de la vida, seré acaso más dichoso.

LEGAR. Lo que dices es la negación de una de las cosas más agradables que existen en la vida: la curiosidad, la curiosidad de conocer nuevas co-

sas; de ver países bellos; de hacer viajes interesantes.

BARN. ¡Bah! Un día le preguntaron, delante de mí, a Renán: Maestro, ¿le gustan a usted los viajes, la Naturaleza? Y él contestó: Ya io creo que me gustan. No hay nada más interesante. Precisamente, siempre me acuerdo con gran emoción de un rinconcito que vi no me acuerdo dónde: un lago azul, unos cipreses, un caminito solitario. El más bello paisaje del mundo... Si lo hubiera visto, porque me parece que no lo he visto jamás. Amigo Legardier, el más bello libro del mundo es aquel que no se ha leído jamás. (*Entra el Criado y habla bajo a Barnac.*) Sí, sí, que entren. Son dos grandes filósofos que vienen a verme.

LEGAR. Pues entonces les cedo el puesto. Me esfumo. Volveré el domingo.

ESCENA VII

Dichos y *Colette*, *Jacques* y la *Institutriz*.

COLET. Buenas tardes, maestro.

BARN. Buenas tardes, hijos míos... Me parece, señorita *Colette*, que no ha crecido usted mucho en un año que hace que no la veo.

COLET. Pues tomo mucha sopa y mucho chocolate.

BARN. ¿Y tú, precioso? ¿Sigues dando clase con la señorita *Blanca*?

JACQ. No, ahora voy al Liceo.

LEGAR. Te dejo con los dos grandes filósofos y me marcho. Adiós, querido. Adiós, preciosos. (*Vase.*)

BARN. Bueno. ¿Y cómo es que han venido ustedes antes que de costumbre? Todavía no es Navidad. ¿Sin duda, pasaban por esta calle y se les ha ocurrido subir?

INSTI. No, señor. Hemos venido por encargo expreso de la señorita.

BARN. Yo me acuerdo mucho de ustedes. Hace ya quince días que los regalos los esperan. Unica-

mente, que tal vez preferáis que os los den los Reyes Magos. ¿Soléis poner los zapatos en la chimenea?

COLET. Si no ponemos nunca los zapatos en la chimenea. Mamá dice que eso de los Reyes Magos es una mentira.

JACQ. Mamá dice que son tonterías, y que no hay que aprenderlas.

BARN. La mamá de ustedes siempre ha quitado las ilusiones a todo el mundo. La experiencia no le ha enseñado que en la vida sólo vive uno de ellas... Vaya, vamos a ver los regalos. *(Se queda un rato mirando a los niños con emoción. Trae a Colette hacia sí y la acaricia la cabeza.)* Tiene sus mismos ojos.

COLET. ¿Estás llorando? ¿Tienes alguna pena?

BARN. No, nada. Soy un pobre viejo que se emociona con las caricias de los niños. ¿Por qué no vienen más a menudo?

COLET. Nosotros le preguntamos muchas veces a mamá por qué no nos manda venir, y ella nos contesta que porque no quiere que te molestemos. *(Se queda un rato pensativo.)*

JACQ. ¿En qué piensas?

BARN. Pienso en aquellos que en la hora del sufrimiento cuentan con caricias infantiles, y en los imbéciles que no las poseen ni las disfrutarán nunca. Pienso en la noche de Navidad, en el calor de la chimenea, que es calor de hogar, calor de familia, que yo no he sabido constituir... *(Esto lo dice hablando consigo mismo.)* ¡Qué simpática es la Navidad!

JACQ. Ya lo creo...

BARN. En su casa recibirán muchos amiguitos, ¿verdad?

COLET. Sí, muchos.

BARN. ¿Y mamá, sigue bien?

JACQ. Muy bien. Muchas gracias.

BARN. ¿Está siempre alegre?

COLET. Sí, siempre.

- BARN. Bueno. Ahora voy por los regalos. (*Vase, y vuelve al poco rato con dos paquetes.*)
 JACQ. ¿Qué te parece que será, Colette?
 BARN. (*Sacando unos juguetes mecánicos en medio de la alegría de los niños.*)

ESCENA VIII

Los mismos, *Morel y Guerin.*

- GUER. Mírele usted. Ahí le tiene jugando como un crío.
 BARN. Miss, llévese estos paquetes y envuelva los juguetes.
 COLET. Adiós, maestro, y muchas gracias.
 BARN. Adiós, queridos, y a ver si vuelven pronto. (*Vanse los niños con Guerin.*)

ESCENA IX

Barnac y la señorita Morel.

- BARN. ¿Estás enfadada?
 MOREL. De ningún modo. Lo único que me molesta es ver que a veces haces el ridículo.
 BARN. ¡Bah! ¿Acaso estos niños tienen la culpa de las cosas de la madre?
 MOREL. Es que hay circunstancias o visitas de este género, que a veces parecen demasiado bien combinadas. Recibir la visita de los niños el día en que el amante recibe una comunicación en papel de oficio de la Sociedad de Autores.
 BARN. ¿Qué es lo que me cuentas? La Sociedad de Autores...
 MOREL. ¿Sabes lo que te digo? Yo en tu lugar desconfiaría. Si te envía palomas mensajeras, es que el arca está a punto de zozobrar.

ESCENA X

Dichos y Guerin.

- GUER. Tenemos tiempo. (*Morel quiere retirarse.*)
 BARN. No te marches. Es cosa de cinco minutos.

MOREL. Voy a cambiar de lugar el espejo que te regalaron. No me gusta cómo lo has colocado.

BARN. Estás en tu casa. (*Vase Morel.*)

ESCENA XI

Barnac y Guerin.

BARN. ¿Qué es lo que me ha dicho? ¿La Sociedad de Autores persigue a Sergyll?

GUER. Completamente cierto. Distingamos: el que le persigue es Benoitier; pero la comisión ha decidido, en principio, mostrarse parte.

BARN. ¿Y por qué no me lo has dicho, Guerin? He aquí una cosa que no está bien.

GUER. No juzgaba que le dieras tanta importancia al asunto.

BARN. Vamos, vamos. Cuéntame la cosa.

GUER. Pues, sencillamente, que Sergyll ha querido montar un gran negocio de cine. Ha hecho contratos, ha comprometido artistas, y como el negocio ha fracasado, todo el mundo se revuelve contra él.

BARN. ¿Y qué relación tiene con ello la Sociedad de Autores?

GUER. Es que, además de lo que te digo, ha adaptado a la pantalla la primera parte de una novela de Benoitier, sin contar con el permiso del autor. Benoitier reclama treinta mil francos de indemnización. Ha apelado a la Sociedad de Autores, y ésta ha acordado, por unanimidad, unirse a la acción de Benoitier, acordándose la asistencia judicial.

BARN. Pero yo soy antiguo presidente. Presidente honorario y miembro en la actualidad de la comisión. Debería de haberseme informado.

GUER. Como estabas enfermo..., y además, vas tan de tarde en tarde por allí...

BARN. Seguramente que Marta imagina que soy yo el que ha organizado la persecución, ejerciendo de este modo un derecho de venganza, y que he

acudido a este medio para humillarla. Si me hubieran advertido a tiempo habría evitado la persecución.

GUER. Desde luego, los dos no viven juntos, ¿verdad?
BARN. No importa. Si al cabo de dos años están todavía unidos, es que ella le ama. Y si le ama, debe de sufrir mucho. Hay que parar este asunto, Guerin; lo quiero.

GUER. Pero. ¿por qué medio?
BARN. Qué sé yo... ¿No reclama Benoitier treinta mil francos de indemnización por daños y perjuicios?

GUER. Sí.
BARN. Pues se los vas a girar inmediatamente.
GUER. ¿Pero no en tu nombre, me figuro?
BARN. Claro que no.

GUER. Además, es preciso que Sergyll consienta.
BARN. Ocúpate de lo que te he dicho. El otro asunto corre de mi cuenta. Entérate de la cantidad con que se contentarán los actores contratados... Se les paga y en paz.

GUER. ¿Pero también vas a pagarle esa deuda?
BARN. No. Lo que quiero es reducir el asunto al mínimo de dinero y de ruido posible. La comisión ha estado poco hábil. Todo el mundo sabe en la Sociedad de Autores lo que Marta Dellières significó para mí en algún tiempo. Vete inmediatamente a ver al señor Herman.

GUER. Voy ahora mismo. (*Barnac toma el aparato y pide comunicación.*)
BARN. Central, 4.426. ¡Hola!... (*Habla con voz natural, como si se tratara de un negocio.*) ¿La señorita Dellières? (*Pausa.*) ¿Eres tú?... Sí, soy yo, Barnac. Yo mismo. Tengo necesidad de hablar contigo inmediatamente. Se trata de algo muy urgente; ¿vas a salir ahora? Perfectamente. ¿Entonces te espero ahora mismo? Hasta ahora. (*Cuelga el receptor.*) Estará aquí dentro de tres minutos. Vete a casa de Herman sin perder un minuto, ¿Sabes dónde vive?

GUER. Sí, en la calle Montpensier, número 22. (*Se abrazan los dos y vase Guerin.*)

ESCENA XI

Barnac y la Morel.

(*Barnac va al escritorio y escribe una carta. Llama al timbre.*)

MOREL. ¿Has llamado? ¿Necesitas algo?

BARN. Sí, he llamado al criado. Pero quédate, ya sabes que no eres nunca importuna. Aubin, haz el favor de llevar esta carta a su destino, e inmediatamente... Mejor dicho, que vaya la muchacha. Tú te quedas, porque te necesito. No espera contestación.

CRIA. Está bien, señor.

BARN. ¿De modo que, decididamente, te marchas?

MOREL. Yo creo que es lo mejor que puedo hacer, puesto que dentro de un minuto serás tú mismo el que me lo ruegue.

BARN. No sé por qué...

MOREL. Por muy entretenida que esté una arreglando sus habitaciones, es imposible evitar el escuchar a través de los tabiques las inflexiones de tu voz.

BARN. ¿Pero has escuchado?

MOREL. Oído. Veo que te ha faltado tiempo para telefonarla.

BARN. Si asistieras a la entrevista que vamos a tener, seguramente que habías de quedarte extrañada, estupefacta. No te preocupes. Yo sé lo que me hago; no soy tan estúpido como algunos creen.

MOREL. Te he oído decir: "En estos momentos, ella debe de sufrir."

BARN. Abomino el sufrimiento, venga de donde venga.

MOREL. En este caso, debías de pensar en el que haces nacer en el corazón de los demás.

BARN. Perdóname, si eres sincera.

MOREL. (*En tono de súplica.*) No recibas a esa mujer.

BARN. Lo siento, pero...

- MOREL. ¿Y si yo insistiera, si suplicara...?
- BARN. Sería lo mismo. Perdóneme, pero lo que me pides es imposible.
- MOREL. (*Levantándose fieramente y poniéndose el sombrero.*) Adiós, amigo mío. Lamento decirte que pierdes una afección que estaba a punto de convertirse en amor, y que tú nada has hecho por retenerlo.
- BARN. Cuando la hora llega, querida amiga, y las hojas caen, ¿crees que el árbol hace algo por impedir que caigan?
- MOREL. No sé, ni me importa. Adiós. No volveré.
- BARN. Si vuelves, es que me querías mucho; si no vuelves, es señal de que tal vez me querías un poco.
- MOREL. No tengo más manera de probártelo que ésta. Buenas tardes, mi querido Barnac.
- BARN. Es posible que te arrepientas y me excuses más adelante.
- MOREL. (*Orgullosamente.*) No lo creo. Conozco una canción, que dice:
 “La vida es bella y las penas son cortas”.
 Adiós, querido. (*Sale. Al poco rato entra el Criado, azorado y trémulo.*)
- CRIA. Señor, señor...
- BARN. ¿Qué pasa?
- CRIA. Está la señorita, la señorita Marta.
- BARN. ¿Y tanto te preocupa, mi querido Aubin? Pues dile, sencillamente, que pase. (*Le mira como si quisiera decirle: ¿Ves qué cosa más simple?*)

ESCENA XII

Barnac y Marta.

- BARN. (*Con el tono más natural del mundo, y como si la hubiera visto el día anterior.*) Te pido perdón por recibirte aquí. Estoy algo acatarrado, y por eso...
- MART. (*Con voz emocionada y balbuciente.*) ¡Ah!
- BARN. ¡Oh! Nada grave. Se trata del obligado cata-

rrero de todos los inviernos. Cuestión de quince días. *(Pausa.)* ¿Qué, no reconoces la habitación. La he modificado completamente, ¿verdad? Está todo más modernizado, ¿eh?

MART. En efecto.

BARN. Estaba cansado de todo lo viejo. Son cosas que suceden muy a menudo. Se cansa uno de lo viejo.

MART. Sí, todo lo que es viejo...

BARN. Pero supongo que no te figurarás que es para hablarte de mobiliarios para lo que te he mandado llamar. *(Marta hace un gesto de desfallecimiento.)* ¿Qué te pasa?

MART. Nada. Un poco de malestar. Ya pasó.

BARN. Tal vez hace demasiado calor. ¿Quieres que abra las puertas?

MART. No, no te molestes. Se me ha pasado. Ya estoy bien.

BARN. Marta, te he mandado llamar porque acabo de enterarme de una cosa que me ha afectado vivamente, que desapruébo por completo, y en la cual no deseo aparecer mezclado para nada. *(Habla rápidamente y con tono de hombre de negocios.)*

MART. ¿Qué es, pues?

BARN. Me acaban de informar que la Sociedad de Autores, en nombre de uno de sus miembros, ha enviado un papel de oficio a tu amigo.

MART. *(Sorprendida.)* No sé nada. ¿Se trata de algo relacionado con los asuntos del cine? Te aseguro que no me afectan particularmente lo más mínimo. Además, si tú supieras...

BARN. *(Interrumpiéndole.)* Te ruego, Marta, que no te sientas obligada a fingir indiferencia. Está tan lejos todo..., tan lejos... tan lejos... Lo irremediable ha traído a mi espíritu, junto con una gran tranquilidad, un espíritu de justicia y de imparcialidad que permiten pensar en ti sin rencor.

MART. Gracias.

BARN. Y sin emoción. Como es lógico, me preocupaba

- el saber que eran desgraciada. Deseo sinceramente que tu vida íntima se equilibre y no se vea conturbada por el infortunio.
- MART. Eres tan bueno...
BARN. Bien... es preciso para este asunto. Acabo de ver a Guerin, a quien he dado instrucciones. Creo que he encontrado el medio de arreglarlo todo. Como es natural, necesito antes que nada el consentimiento de tu amigo.
- MART. Te aseguro que lo ignoraba absolutamente todo y no conocía una palabra del asunto.
- BARN. Como comprenderás. Marta, me sería muy odio. so el pensar que os figuraseis que yo no había querido hacer saltar el arma que un adversario empuñaba para destrozarse la vida de ustedes. Eso es todo.
- MART. Me doy cuenta del sentimiento de fría caridad que te impulsa a obrar así. Si mi agradecimiento te ofende, no diré nada más.
- BARN. No, María, no. Seamos razonables. Precisamente acabo de abrazar a tus dos niños que has tenido la gentileza de enviarme.
- MART. ¿Entonces no te desagrada que te los envíe todos los años? Para ellos es una alegría inmensa. Han guardado de ti un recuerdo tan grato...
(*Reprimiendo su emoción.*)
- BARN. En víales más a menudo.
- MART. No sabes cuánto agradezco estas delicadas atenciones y ahora esta bondad tuya para ahorrarme una pena que tú sabías...
- BARN. Perfectamente. Lo que yo deseo es que no tengas contrariedades ni preocupaciones. Por cierto que, a mi entender, durante estos dos años has descuidado algo tu profesión y tu arte. ¿Por qué has representado la comedia de Reillart? No debías haberlo hecho. Claro está que has estado muy bien, como de costumbre; pero el éxito no ha respondido a la intensidad de tu esfuerzo.
- MART. He representado esta obra, sencillamente, por hacer algo. Si vieras hasta qué punto me es

indiferente en teatro. He renunciado completamente a la escena.

BARN. ¿Y por qué eso? ¿Acaso no tienes una brillante carrera delante de ti? Sería un crimen el que la abandonases.

MART. Vivo modestamente retirada de todo. Pero ¿y tú? Constantemente ojeo los periódicos y jamás veo anunciado nada tuyo. Eso sí que es un verdadero crimen.

BARN. Estoy como tú. El teatro no me atrae ya más. Me he dedicado a otras concepciones.

MART. ¡Pero y la comedia! ¿Aquella comedia cuyos dos primeros actos eran tan hermosos?

BARN. No la he terminado. ¿Para qué? Lo que me interesaba en estos años últimos era escribir para ti; ver cómo todos los años representabas mis obras. Ahora, el teatro sin ti...

MART. ¡Oh!, y esto lo dices tan simplemente; sin emoción... (*Un brusco sollozo estalla en su garganta.*)

BARN. No nos dejemos dominar por la emoción del pasado. Evitemos las palabras inútiles... (*Tose.*) Esta ridícula tos...

MART. (*Tomando una taza de la mesa.*) ¿Quieres tomar algo?

BARN. (*Tomando la taza.*) Gracias.

MART. Tantas veces te lo he servido...

BARN. Sí. Son los mismos gestos, sólo que sin el alma de antes. La caricatura de nuestro pasado.

MART. ¿Por qué la caricatura? A mí me parece que nos hemos separado ayer el uno del otro. Luego esta habitación apenas ha variado de como estaba antes. Los recuerdos no pueden borrarse. Cuando al entrar he notado que la calefacción era excesiva, me han dado ganas de decir: Este calor tan grande te va a producir dolor de cabeza. ¡Qué desesperación!... Yo, que tanto te quiero, tengo que renunciar a decirte todas estas cosas. Si tú quisieras... He cambiado tanto...

BARN. Es preciso dominar nuestras debilidades. Ya

ves que yo hablo sin perversidad alguna. Como es probable que nosotros no nos veamos jamás, aprovecharé esta ocasión para tratar ciertas cosas. Y esto es que, a los niños, no te sorprenda, he decidido dejarles una pequeña dote.

MART. *(Bastante sobresaltada y protestando con todo su ser.)* ¡Oh!, no, no; no me hables de eso, te lo suplico; ¿no ves que me haces daño?...

BARN. Está bien; no diré nada más; pero esto era preciso que tú lo supieras.

MART. ¡Qué horror!...

BARN. Es necesario encarar con calma estas cosas que parecen inútiles... En fin... *(Precipitadamente se dirige a la puerta.)* ¿Te marchas?...

MART. No... no me mires... Necesito desahogar esta angustia que me ahoga; no me mires..., es cosa de un minuto... *(El queda sentado de espaldas a ella, cerca de la estufa; maquinalmente, atiza el fuego. Ella se coloca en un ángulo de la habitación y solloza desesperadamente; sollozos que trata de reprimir y que dan a su voz una ronca tonalidad.)* No puedo, no consigo... ¡Yo hubiera querido que después de dos años que no oyes mi voz no la encontraras desfigurada por las lágrimas, como cuando nos senaramos!... Quisiera dejarte, al irme, un recuerdo más parecido a nuestro pasado... Una mujer abrumada por estas maquinaciones, y llorando en esta forma, es despreciable. Y después, va no soy yo... Ya no soy aquella a quien tú tanto has amado: aquella que tú amabas riendo siempre... la que te divertía con su alegría... la que tú hacías reír por el placer de oírla... *(Ella busca y ensaya el diapasón normal de su voz.)* ¿A ver si reconoces ahora el timbre habitual de mi voz?... No, no me mires todavía... *(Ella ensaya un tono infantil.)* ¡Buenos días querido!... ¿Aún no te has levantado? ... ¡Arriba, perezoso!... ¡Si vieras qué hermoso día!... Te traigo unos ricos dulces... ¿Estás contento?... ¿Me quieres... me quieres mucho... mucho?... Dime, dime: ¿está

bien mi voz? *(Pero la voz bruscamente se altera y Marta se echa a llorar.)*

BARN. *(Sin volverse.)* Marta, no continúes, te lo suplico... Vete... te lo suplico...

MART. *(Cambiando de tono, resueltamente.)* ¡¡Sí, ya me voy, Pablo; pero no sin que antes me escuches lo que voy a decirte!!... *(Se acerca a él, deslizándose, y se coloca detrás del sillón, hablándole en voz baja, al oído.)* ¡Oh!, mi vida, mi vida; yo jamás he dejado pasar un segundo sin pensar en ti. Yo creía no poder vivir cuando tú me despediste.

BARN. No ensayes el tentarme, pobrecita... Todo es inútil!...

MART. Yo he esperado siempre, siempre, y me decía: "es necesario esperar, tener paciencia". Yo he tenido siempre el presentimiento que esto no podía terminar para los dos... ¡Oh!, mi vida, mi vida..., ¡recomencemos!... Sé bueno para tu chiquita desolada... ¿Verdad que todo puede revivir?..., ¿que todo va a revivir?... *(Una expresión violenta ilumina el rostro de Barnac.)* ¡Yo estoy segura, yo lo siento!..., lo siento en mi alegría..., ¡lo veo en tus miradas! *(Marta prorrumpe en un grito; él comprende lo que pasa por ella, y tomándola, la estrecha, y para apagar su grito, la besa violentamente con toda su alma; pero al sentirse brutalmente abrazada, se aparta violentamente él, retrocediendo hasta la chimenea.)*

BARN. Pero no..., esto es una locura... ¡Déjame!

MART. ¡No, no me rechaces, no dejes escapar la felicidad que está en tus manos!

BARN. ¿Y qué porvenir nos esperaría?... ¡Algunos años vergonzosos, y que provocarían la risa de todo París! ¡Oh, no; yo he reconquistado la dignidad de mi edad! ¡El último grito de la carne acabo de alejarle, y no se renovará nunca jamás..., yo te lo juro!

MART. *(Retorciéndose las manos.)* ¡Pero esto es desesperarte! ¡Yo que tanto te amo, debo renun-

ciar a esta esperanza!... Y, sin embargo, si tú quieres... Yo he cambiado totalmente... ¡Ensáyame... ensáyame!...

BARN. No, Marta. Te he perdonado porque te he comprendido. Respetemos, pues, este equilibrio entre la inteligencia y el sentimiento. (*Suena el timbre.*) Además, espero a alguien que va a impedir que salgamos de la línea que el buen sentido nos impone. ¿Sabes quién es esa persona?

MART. No.

BARN. Esa persona es Sergyll.

MART. ¿Qué es lo que oigo? ¿Es posible?

BARN. Naturalmente que sí. ¿Por qué este estupor? Acuérdate del origen de nuestra conversación. Aquí no va a haber más que tres personas, muy dueñas de sus nervios, que fríamente van a discutir un negocio de orden privado. Eso es todo. Si tú vieras, cuando se ha llegado a la cumbre, con qué serena compasión se contemplan las pasiones humanas.

CRIA. (*Anunciando.*) El señor Sergyll.

BARN. Que pase. Calma, Marta, calma.

ESCENA XIII

Dichos y Sergyll.

BARN. (*Hablando con tono de Presidente de la Sociedad de Autores, con gran frialdad.*) Señor: en atención a mi edad, a mi situación y al interés que siempre me han inspirado los asuntos de la señorita Dellieres, me he creído autorizado para citarles a ustedes aquí por causa de una noticia que acaban de comunicarme, y que no es otra que la persecución judicial que contra usted ha iniciado la Sociedad de Autores. Por ella, por mí, por usted mismo, es necesario que este asunto se solucione inmediatamente.

SERG. Maestro: me hago cargo perfectamente del sentimiento que le impulsa a usted a obrar de esta forma, pero realmente, yo...

MART. Ya he explicado al señor Barnac que no estaba yo al corriente de este asunto.

SERG. No obstante...

BARN. Se había usted colocado en una postura un poco difícil. Esta historia tendrá solamente la importancia que la malignidad pública pretenda atribuirle. Yo necesito de usted una autorización que me permita liquidar este asunto con toda libertad.

SERG. Maestro: a pesar del respeto que su deseo me inspira, yo me pregunto si debo... Yo preferiría que la señorita Dellieres, consultada la primera, diera su opinión.

MART. (*Con tono que no admite réplica.*) Todo lo que el señor Barnac decida no puede menos de ser perfecto. Acabo de decirle que no tengo conocimiento de este asunto, que desde luego no me afecta a mí personalmente.

BARN. Yo no encuentro que haya aquí nada reprochable. Usted ha tratado de elevarse, de procurar crearse una situación más en consonancia con sus aptitudes y con el deseo de conservar la mujer que ama.

SERG. Exactamente.

BARN. La empresa no ha tenido éxito. No importa. Yo procuraré que en lo sucesivo lo tenga. Oíga-lo usted. Yo le concedo la exclusiva por cuatro años para trasladar a la pantalla mis obras más famosas. Haga usted las adaptaciones cinematográficas que desee. Guerin preparará el contrato.

SERG. Permítame usted dos palabras, maestro. Yo me doy perfecta cuenta de que esta magnífica ayuda de usted haría salir del anónimo mi vaga personalidad y me convertiría seguramente en un prestigio. Pero cualesquiera que sean las delicadas intenciones que le impulsaran a proceder de esta noble manera, sospecho que tal vez tengan estas razones un fundamento erróneo. Y, en presencia de la señorita Dellieres, me interesa aclarar esto. Es posible que le hayan in-

formado mal y que imagine usted que la señorita Dellieres tiene una participación moral en mi fracaso. A mí me interesa deshacer este equívoco. Yo no sé que sea en su vida más que una especie de amigo cuyo destino no está totalmente unido al suyo. De forma que si su deseo de usted es que, al proceder de esta manera, yo, en agradecimiento, desaparezca de su horizonte, a mí me interesa hacerle saber que su generosidad sería inútil, porque nunca accedería a eso. Con toda lealtad se lo advierto, para que no pudiera parecer esto una nueva ingratitud.

BARN. Eso es hablar como un hombre de espíritu fuerte y de experiencia. Pero como yo no puedo penetrar en lo íntimo de sus acuerdos personales, sólo quiero hacerle a usted una pregunta: ¿Puedo contar con su aceptación?

SERG. Yo le agradecería a la señorita Dellieres que respondiera por mí.

MART. Creo que debes aceptar lo que el señor Barnac propone. No tengo más que decirte.

SERG. Entonces, acepto.

BARN. Perfectamente. En ese caso va usted a hacerme el favor de poner dos líneas. (*Le da a Sergyll la pluma, y le dicta.*) "Autorizo al señor Barnac para obrar en mi nombre en todo lo que concierne al asunto Benoitier." ¿Quiere usted firmar? (*Al firmar, Sergyll tira la pluma con un movimiento de impaciencia que no escapa a Barnac.*)

SERG. Le pido a usted que me perdone este movimiento. No tengo el derecho a llamar humillación a lo que no debe ser más que gratitud.

BARN. Evidentemente, señor, usted se pregunta con una angustia visible cuál va a ser el precio de todo esto. Qué prima va usted a tener que abonarme por este favor. No se engaña usted más que a medias. En efecto, existe uno.

SERG. (*Un poco pálido.*) Pero señor...

BARN. No se preocupe usted. No le he hecho a usted firmar un papel que impone a una de las par-

tes la carga del agradecimiento, otorgando a la otra el beneficio villano de su complacencia... No, yo no soy hombre que prepara estas combinaciones.

SERG. No lo he dudado un instante. Le escucho respetuosamente, maestro. (*Marta se sienta.*)

BARN. ¿De qué diablos se trata?, se preguntarán ustedes. Pues de lo siguiente: Hay una gran palabra, de la que se sirven los hombres muy a menudo, que engloba y resume una porción de manifestaciones pasionales: dolores, alegrías, penas, rabias, luchas, y esta palabra es amor. De tiempo en tiempo se desliza en la conversación entre dos personas que se quieren otra palabrita más insignificante, más modesta, más inferior, a la que casi ni se presta atención. Y, sin embargo, es la llave, el resorte sentimental de nuestra vida. Esta palabra, que debiera de ir desplazando, sustituyendo en el diccionario a la otra, por ser infinitamente más precisa y adecuada, es: "ternura". ¿Y por qué la ternura no debía siempre sobrevivir al amor? ¿Acaso no es abominable que dos seres que se han amado entrañablemente durante años, dejen de saber bruscamente el uno del otro? ¿No sería mil veces más razonable que después del rompimiento, subsistiese todavía ese dulce vínculo espiritual? Que los ex amantes se pudiesen aconsejar, ayudarse mutuamente, estimarse como dos buenos camaradas. Decirse, por ejemplo: "Mira, no hagas eso; es un disparate. El último sombrero que te ví no me gustó nada." Mil cosas estúpidas; mil cosas profundas. Esta ternura espiritualizada, que sobrevive a todo: a la recíproca posesión, a la vida en común..., tan difícil es de conseguir, ya que todos los seres le rechazan, aun a despecho de la felicidad? Yo me explico que durante la juventud resulte ello algo violento, ¡ah!, pero en la ancianidad es tan deseada, tan agradecida, tan apetecible la ternura.. ¿Qué inconveniente ofrece el sen-

tirla? He tomado ya tal costumbre de interesarme por las cosas de Marta, de serle útil, de escribirle obras, de alegrarme con sus triunfos, de evitarle contratiempos, de contemplarla dichosa, que abriéndole las puertas todos los días para que viniese a recitarme sus papeles, no haría sino repetir una feliz costumbre. En suma, yo he sido para ella un poco "su empresario". ¿Y qué es lo que yo pido a cambio de esto? Casi nada. Una amistosa presión de manos de vez en cuando, una risa juvenil que alegre mi soledad y mi silencio; cuatro palabras cariñosas que despierten en mi alma recuerdos de otras edades. ¡Oh! ¡Cuántas veces he tratado de llenar el vacío que en esta habitación dejó Marta al marcharse! Todo inútil. Mi corazón pertenecía a esta mujer, y ella me lo arrancó al dejarme. ¿Y por qué esto? ¿Por qué esta mujer ha de ser la dueña de mi vida, de mis pensamientos, de mis recónditas vibraciones? He aquí el gran misterio. Es ella; es su voz; son sus pasos; es lo que ella dice lo que se desearía recoger en los últimos momentos, cuando la muerte va apagando en las pupilas el último resplandor del espíritu; y su mano, la última mano que se anhelaría estrechar en el momento de trasponer los terribles umbrales del más allá.

- MART. (*Profundamente emocionada.*) ¡Calla, Pablo, calla! ¡Es demasiado, es demasiado!
- SERG. Crea usted, maestro, que estoy profundamente conmovido.
- BARN. La poca nobleza de corazón o tal vez el exceso de amor propio ha impedido a muchos amantes el quedar como buenos amigos al terminar sus amores. ¿Pero quién nos lo impide a nosotros? Si ustedes quieren respetar este pacto inofensivo de mutua ternura, yo me comprometo solemnemente a mantenerlo. ¿Me comprendes, Marta? ¿Prometes hacerlo así?

- MART. (*Secándose los ojos.*) Tú sabes bien que tus deseos serán escrupulosamente cumplidos.
- SERG. Pero ¿qué soy yo en la vida de Marta, y delante de usted, para asociarme a este pacto, más que un ridículo comparsa, aunque pronto la misma vida se encargará de eliminarme?
- BARN. ¿Qué quién es usted? El amante. El lazo necesario e imprescindible que liga la juventud a la juventud. Sería en vez de usted otro hombre cualquiera, y le hablaría en idéntico lenguaje. ¡Bah! Ya me doy cuenta lo que pensará del particular la sociedad parisién. Me la sé de memoria, ¡Qué nos importa esto! Si comprendemos cosas muy elevadas y pronunciamos palabras tan grandes que los hombres no las pronuncian nunca porque son verdaderas.
- SERG. Solamente un ser superior como usted, que está por encima de toda vulgaridad.
- BARN. Así que estamos de acuerdo, ¿verdad? Muchas gracias. ¿Has traído tu coche, Marta?
- MART. Sí.
- BARN. Adiós, señor Guerin; le avisaré a usted oportunamente.
- SERG. Cuando usted quiera.
- BARN. Hasta la vista, Marta. (*Esta hace signo discretamente a Sergyll paar que salga. Sergyll obedece.*) No, no; no debes de quedarte aquí ni un minuto más.

ESCENA XIV

- MART. No me marcharé sin haberte estrechado antes entre mis brazos.
- BARN. Si lo deseas... (*Ella va a precipitarse a su cuello, pero él la detiene, la presenta la frente y ella le besa largamente.*)
- MART. He aquí el verdadero beso de ternura.
- BARN. Lo has dado muy bien.
- MART. ¡Oh! La alegría de recobrarte. Es cierto que de nuevo voy a ver tus ojos, a oír tu voz, a

- escuchar tu risa. Es tan súbito y tan imprevisto todo esto... Qué dichosa soy.
- BARN. Sí, nos encontramos de nuevo, pero en otro plano. ¿Lo has comprendido bien? Nada de equívocos. El pacto está sellado. Tú vivirás tu vida, una vida completamente tuya. De vez en cuando solamente vendrás a charlar con tu viejo amigo. Nuestras relaciones se reducirán a esto.
- MART. Sí; me hago cargo de lo que deseas. Nuestro amor será transformado. Estuvimos a punto de perderlo y lo hemos recobrado. Esto es lo esencial. Lo esencial es sentirlo revivir como un ser querido que hubiera estado a punto de expirar, y retornó a la vida por un milagro de la ciencia. (*Se cogen de las manos.*) Lo que queremos es sentirlo palpitar nuevamente y para siempre, para siempre...
- BARN. Sí. Hasta el fin...
- MART. Verás de qué cariño te voy a rodear.
- BARN. Y ahora vete, vete. No te hagas esperar. Toma tu bolso. No se te olvide el pañuelo; el pañuelo mojado por las lágrimas.
- MART. Lágrimas y perfumes.
- BARN. (*Sonriente.*) Eso es la mujer. ¿Estás contenta?
- MART. Mucho. (*Entra el criado trayendo la comida.*) Buenas tardes, Aubin. ¿Sólo esto constituye la comida del señor?
- BARN. Una sopita, nada más; a causa del catarro.
- MART. (*Súbitamente.*) ¿Quieres que me quede a comer contigo?
- BARN. No. Respetemos antes que nada nuestro pacto.
- MART. ¿Pero vas a estar tan triste, tan solo, la tarde en que todo se torna alegre y luminoso?
- BARN. (*Suena el timbre del teléfono.*) ¿Ves? Ya me dan la comunicación con la Opera Cómica. Desde que estoy enfermo me he dedicado a oír las óperas desde casa.
- MART. ¿Qué ópera es?
- BARN. Creo que "Manón".
- MART. ¿Ya ha empezado?

BARN. ¿Ves cómo no estoy tan solo? Vete, vete. (*Se abrazan tiernamente.*)

MART. Hasta mañana, ¿verdad?

BARN. Sí, hasta mañana.

MART. ¿A qué hora?

BARN. A las cuatro si quieres.

MART. Sí, quiero. (*Cantando.*)

“Adiós, mi amor adorado. Adiós, mi amorado infiel. Te vas cuando el amor ha llegado.”

(*La canción se va extinguiendo lentamente. Barnac, profundamente conmovido, toma el pañuelo de Marta y lo besa y aspira repetidas veces.*)

TELÓN

EL TEATRO

MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año.....	Pesetas 24	Año.....	Pesetas 40
Semestre....	> 12	Semestre....	> 24
Trimestre...	> 6	Trimestre...	> 12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN
AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre moneda de valores declarados, contra reembolso donde se halla establecido este servicio o en billos de correo cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

PRENSA MODERNA

A. AGUILERA, 58

MADRID

APARTADO 8012

LEA USTED

EL TEATRO

= M O D E R N O =

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN ÉXITO
DE LOS MEJORES AUTORES

— LUJOSA EDICION —

50 CENTIMOS

COMPRE USTED

AVENTURAS

La publicación que más
se lee hoy en España

EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

A. AGUILERA 86-MADRID-APARTADO : 8012

LOS NOVELISTAS
AVENTURAS
EL CINEMA
EL TEATRO
MODERNO
LA NOVELA
VIVIDA
PUBLICACIONES

Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Teléf. 16244. Madrid.